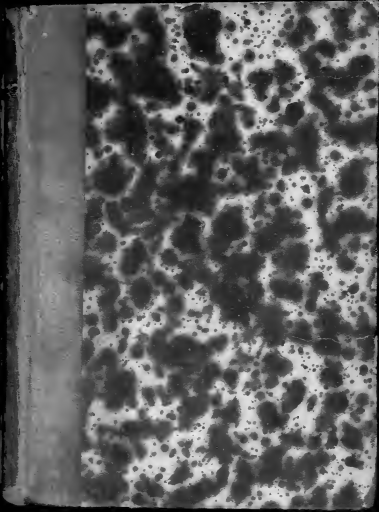








COSAS DE MUJERES.

A la Biblioteca de la
Universidad de Sevilla

El autor



COSAS DE MUJERES.

POESIAS

ESCRITAS Á ELLAS, PARA ELLAS

Y ACERCA DE ELLAS

POR

MANUEL MARÍA DE SANTA ANA.

1838–1849

MADRID.
IMPRENTA DE LA CORRESPONDENCIA,
CALLE DEL RUBIO, NÚM. 23.

EL AUTOR A LOS LECTORES.

EL nuevo libro que hoy presento al público es viejo en todos conceptos; viejo, porque se compone de poesías escritas la mayor parte de ellas hace muchos años; viejo, por el asunto de que trata, pues viejo y muy viejo es que los poetas celebren las gracias, ó se quejen de las ingratitudes y veleidades de las mujeres, y viejo en fin, porque casi puede atribuirse á un capricho de la vejez, que el autor quiera sacar á la luz pública los buenos ó malos versos que escribió á las mujeres, en su juventud, hoy que vive en medio de la prosa de los hombres y de la política.

¿Por qué, pues, se me dirá, imprimir ahora este libro? ¿Por qué bautizarlo con tan estravagante título? Voy á esplicarlo.

Tenia yo en los primeros años de mi vida tres capitales defectos: era feo, poeta y pobre.

Para sustentar á mi infeliz y santa madre, y á los cuatro hermanos que, por toda herencia, me dejó un padre á quien en treinta años no he cesado de llorar todavía, me veia obligado á trabajar de dia y de noche. Sin recursos para buscarme distracciones, la poesia era mi único recreo; y como Dios me habia negado las gracias personales, si aspiraba á que una mujer pusiera en mí sus ojos, ó queria desahogar mi mal humor, contra las que tenian el buen gusto de no hacer caso de un poeta pobre, lloron y melenudo, porque entónces no se comprendia la existencia de un poeta pelon, no tenia otros medios que coger la pluma, y mojándola, unas veces en miel, y en hiel otras, cantar á la mujer de dia y de noche, por activa y por pasiva y en todos los tonos conocidos.

Este es el orígen de las mil y una malas

poesías que he escrito, dirigidas la mayor parte de ellas á ensalzar las gracias, llorar los desdenes, ó censurar las debilidades del sexo femenino.

En mas de una ocasion, cuando mi asendereada vida me ha permitido volver la vista hácia las aficiones y los placeres de la infancia, se han fijado mis ojos en esos mal llamados versos, y he querido, sin falsos alardes de modestia, rasgarlos y acabar con todos ellos; pero ¿por qué no he de confesarlo? las poesías escritas en mi juventud forman la historia de mi vida entera, en lo que ha tenido de más triste ó más agradable. Original hay, de los que sirven para componer este libro, que aun conserva las lágrimas de desaliento ó de valor, de desesperacion ó de felicidad, de hambre ó de amor que vertian alguna vez mis ojos, cuando buscaba en la poesía, ó en los sueños de mi imaginacion calenturienta, el consuelo de bien positivas desgracias. Están enterradas en mi pupitre, ó han desaparecido paulatina y sucesivamente ante mi justicia literaria, todas ó casi todas las poesías que he escrito á los

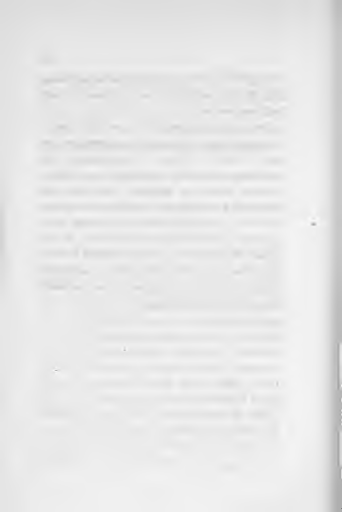
mas levantados objetos, y se han salvado, y salen hoy á luz, las que acaso menos lo merecen; porque no he tenido valor para rasgarlas, y porque cada una de ellas representa una gloria, un tormento ó un desengaño de mi alma.

¿Debia por lo mismo dar estas poesías á la estampa? ¿Qué importan al mundo mis necedades de niño, mis rabietas de adolescente ó mis desengaños de hombre?

Nada seguramente; y Dios sabe que no hubiera pensado en publicar este libro si otro defecto de la edad no hubiera venido á aumentar el número no escaso de mis primitivos defectos. Una vida terriblemente laboriosa, y recompensada por la Providencia más de lo que justamente merecia, me ha hecho holgazan, y aficionado, de nuevo, á escribir rengloncitos largos y cortos. Hoy como en los primeros años de mi vida, hallo en la poesía mi distraccion y mi consuelo. Antes distraia mi hambre y ahora alivia mi fastidio. He vuelto, pues, no á hacer, sino á repasar mis versos; y mis hijos, mis amigos, las mujeres á quienes en otro tiempo hice

reir ó rabiar, han creido la ocasion oportuna para exigir que les dé ó recite alguna de mis antiguas poesías.

Pero esto es imposible: he escrito tanto á la fuerza, que no ha de esperarse que yo mueva mucho mi pluma voluntariamente. Me quedaba un recurso para cumplir con todos, y ese es el que he adoptado. Imprimo mis versos para no copiarlos. Los regalo mas que los vendo, porque no creo que valen la pena de gastar en ellos dinero. Y los titulo, en fin, « Cosas de mujeres », porque escritos á ellas, para ellas y acerca de ellas, ellas únicamente pueden mirar con iudulgencia el capricho de haberlos dado á la estampa.



FUNCION DE DESAGRAVIOS.

Á LA MADRE DE MIS HIJOS.

Rebelde siendo al matrimonio un dia,
Jóven y decidor, pobre y poeta,
Asombro no ha de dar que mi alma inquieta
Pasase el tiempo en femenil orgía.
Mas no siempre mi ardiente fantasía
Al placer y al amor vivió sujeta;
Que veces mil, en su dolor discreta,
Versos á un tiempo y lágrimas vertia.
¿Puede el dulce cantar, ni el grito bravo
De la pasion, ni el terrenal deseo,
Herir tu pecho ó merecer tu encono?
No: que tú has hecho al vencedor esclavo;
Del lazo que á él te unió, santo trofeo;
Y de su amor, las gradas de tu trono.

LOS PRIMEROS SINTOMAS.

—Niña de mis ojos,
Lucero del alma,
Chiquita, bonita,
Chatita y mimada;
A tu buena madre,
Que tanto te ama,
Cuéntale tus penas,
Píntale tus ánsias.
¿Por qué estás tan triste?
¿Por qué estás tan pálida?
¿Por qué á tus pupilas
Se agolpan las lágrimas?
Díme lo que tienes;

Dí lo que te falta,
¡ Niña de mis ojos!
¡ Lucero del alma!

Tú, hija, aun no sufres
Las penas tiranas,
De amantes que hieren,
De ingratos que matan.
Para tu ventura
Ignora aun tu alma,
Que tienen los hombres
De miel las palabras,
De hiel las acciones
Que la vida amargan,
Y de duro acero
Las almas templadas.
¿Qué entónces te aflige?
¿Qué entónces te mata,
Niña de mis ojos,
Lucero del alma?

—Madre, madre mia,
Temores me asaltan,
Dolores me afligen,

Deseos me matan.
Quiero, y lo que ansío,
Logrado, me cansa.
Busco, y cuando encuentro
Hallarlo me enfada.
Gozo en tus caricias;
Mas ¡ay!... ¿por qué causa
Me hielan tus besos,
Y á un tiempo me abrasan;
Y aun me causan daño
Tus dulces palabras:
NIÑA DE MIS OJOS,
LUCERO DEL ALMA?

———

Y decidme, madre,
Madre idolatrada,
¿Qué voces son estas
Que en mi pecho se alzan,
Y en mí sensaciones
Despiertan estrañas?
¿Que llorar me hacen;
Que á reir me arrastran;
Que al velar me asedian;
Que al dormir me asaltan;
Que en dolor me inundan
Que en placer me bañan?

—Tu mal ya adivino,
Tu dolencia es clara,
¡Niña de mis ojos!
¡Lucero del alma!

Ven, hija, aproxímate:
Siéntate en mi falda:
Pón sobre mi hombro
Tu sien nacarada,
Tu vista en mis ojos,
Tu brazo en mi espalda.
Ya en mi oido siento
El fuego que exhalas.
Bajo, muy bajito,
Cuéntame tus ansias,
Y envueltos en llanto
Tus pesares salgan;
Que á veces las penas
Se anegan en lágrimas,
¡Niña de mis ojos!
¡Lucero del alma!

¡Tú bajas la vista!
¡Tú tiemblas, tú callas!

¡Ni en tu madrecita
Tienes confianza!
Los primeros síntomas
Del amor te asaltan.
Y esas sensaciones
Son voces del alma,
Que á gritos te dicen:
«Ama, niña, ama.»
Mas no las atiendas,
Del amor te guarda,
Que si ansiado, enferma,
Satisfecho, mata;
¡Niña de mis ojos!
¡Lucero del alma!

UN AMOR EN MANTILLAS.

EPÍGRAMA

—Hoy veintidos he cumplido:
Dijo Leonor; é inocente,
Yo la advertí, que hacia veinte
Años que me habia querido.
—Puede eso haber sucedido,
Repuso, (á mentir dispuesta)
Sin que mi edad pase de esta;
Pues de lo que usted me hablaba.
Cuenta á mi nodriza daba,
Y ella daba la respuesta.



EL FRUTO PROHIBIDO.

«Vive y sufre» el Hacedor
Dijo al pecador mortal.
Mas ¿qué importó al pecador,
Si al fin probó en el amor,
El fruto del bien y el mal?

Mintió la serpiente astuta,
Cuando dijo al hombre un dia,
Que si atrevido comia
De aquella vedada fruta,
Tanto como Dios sabría.

Mas nó en todo llegó á ser
Esta promesa ilusoria,
Que el hombre halló en la mujer,
Y en su amor, si no el saber,
De Dios la infinita gloria.

. . . .

Al amor, Flora, debimos
La existencia que gozamos;
Amamos mientras vivimos;
Tan solo al morir lloramos
Los amores que perdimos.

———

Y esas lágrimas que vierte,
Junto al borde de la fosa,
El hombre débil y el fuerte,
Recuerdos son de una hermosa,
Eternos como la muerte.

———

¿Cómo al amor verdadero
Por siempre dejar con calma?
¿Quién no exhala ¡un ay! postrero,

Adios mudo y lastimero,
Que trae el recuerdo y dá el alma?

Vida sin amor no es vida,
Que no hay vida sin amor,
Y es del cierzo flor herida,
Si una lágrima querida
No riega á la pobre flor;

Si una gota, desprendida
Desde el cielo de unos ojos,
Donde la pasion se anida,
No dá vida á los despojos
De la flor de nuestra vida.

. . . .

Sobre cuanto el sol derrama
Su luz, y la noche el luto,
Cobra el amor su tributo,
Y el ave, la flor y el bruto,
Viven de amor; todo ama.

Ama el céfiro inocente
Los pétalos de la flor;
Y, al abrirse al sol naciente,
La flor se vuelve al Oriente,
Buscando un beso de amor.

Y el ruiseñor que entre flores
Abre al viento su garganta,
Dice del amor loores;
Y entona un himno de amores
Si oculto en el bosque, canta.

Y ama el manantial al rio
Donde se arroja contento;
Y es su murmullo un acento
De amor, que, con lábio frio,
Repiten la mar y el viento.

Y el pez ama, en sus regiones,
La blanca espuma del mar;
Aman los fieros alcones;

Los tigres y los leones
Viven tambien para amar.

Y hasta el torrente, que oprime
A los montes con su peso,
Ama al abismo en que gime,
Y, al rodar saltando, imprime
Sobre cada piedra un beso.

. . . .

¡Amor! ¿Quién podrá oponerte
De su pecho el barro inmundo?
¿Quién puede esperar vencerte?
¡Por tí, amor, existe el mundo,
Y es vida eterna la muerte!

Por tí el soldado se lanza
Tras de una muerte segura,
Si le sonrie la esperanza
De que tiemble una hermosura,
Por su vida, en la matanza.

Por tí los vates su acento
Hasta los cielos levantan,
Y entregan su voz al viento,
Con el dulce sentimiento
Con que los ángeles cantan.

Por tí el hombre mata y miente;
Y al infierno en ir consiente;
Y al mismo Dios desafía;
Por tí prestó á la serpiente
Infernal crédito un dia.

Y yo por tí, sin dolor
Miro su astucia infernal:
¿Qué importa, si en el amor,
Probé el fruto embriagador
Del árbol del bien y el mal?

LA ALHAJA DE TODOS.

I.

No hay mas que una mujer buena,
Si escuchais el parecer
Del hombre, y de la mujer,
Que á todo el sexo condena.
¡Valiente marimorena
De aquí armarse deberia,
Sobre si es tuya ó si es mia!
Pero la bondad no escasa
De Dios, dá fin al litigio,
Haciendo que á ese prodigio
Cada cual lo crea en su casa.

II.

—¡Qué niñas! Dios poderoso!
(Grita una vieja mamá,

Que desesperada está
Porque no encuentra un esposo).
¡Qué gastar tan horroroso!
¡Qué girar como veletas!
¡Qué engañar como coquetas!
Pero al mundo no le aflija
Mal tan grave, tan profundo.....
Aun queda bueno en el mundo,
Lo único bueno, ¡mi hija!

III.

Quita la reputacion
A cuantas mujeres halla,
Frecuentemente, un canalla
Sin honra y sin corazon.
Pero que un dia una pasion
Sienta, ó le asalte un capricho.....
Preguntad á ese mal vicho,
Que á toda mujer agobia,
¿Si una tan solo no ha hallado
Que sea de virtud dechado?.....
—Sí (contestará); ¡mi novia!

IV.

—No se case usted, bolonio,
(Dice un casado á un mancebo).

Se dá usted, si pica el cebo,
En alma y cuerpo al demonio.
  Infierno es el matrimonio;
Y si usted hallar pudiera
Despues, una compañera,
  Tan buena, tan bondadosa,
Como la que Dios me ha dado.....
Pero no..... Dios no ha creado
Mas que una buena..... ¡mi esposa!

V.

  No hay pues que temer que sea
La mujer, que en suerte os toca,
Como otras mujeres, loca,
Gastadora, ó tonta, ó fea.
  Basta con que el hombre crea
Que el mundo, de males lleno,
A él le ha guardado lo bueno.....
  De Dios la bondad no escasa,
Hace que, el que más condena
A la mujer, crea una buena,
Y que esta la tiene en casa.



EL MAYOR CASTIGO.

EPÍGRAMA

—¡Pecador empedernido!
(Gritó en un sermon un fraile);
¡Pecador que vas al baile
Y el fruto comes prohibido!
La pena que has merecido,
Que no ha de hallar Dios, recelo.
—¿Y eso causa á usted desvelo?
(Dijo un oyente.) ¡Me alegra!
Que viva un mes con mi suegra
Y el pecador se va al cielo.



SANTA CONFORMIDAD.

Si pensabas, Elena,
Que á tu carta cruel de despedida,
Contestara mi pena,
Quitándome la vida,
Que por un mes mortal te he consagrado;
Dueño del alma, te has equivocado.
Sabe, pues, vida mia,
Que en amores, yo al texto
Me ciño, á la costumbre y á la ley
De la antigua francesa monarquía:
A rey muerto, rey puesto.
El rey de Francia ha muerto: ¡viva el rey!

Es decir, dueño amado,
Que si en mi corazon dejas vacante
El trono que has llenado,
Siendo mi tierna amante,
Para suplir, querida, tu abandono,
Otra mujer vendrá que ocupe el trono.
Es cierto que tu gracia
No tendrá, ni tus ojos,
Ni de tu talle el dulce movimiento.....
Pero ¿me habré de ahorcar por tal desgracia?
No hay para tanto enojos:
Ámeme una mujer, y estoy contento.

¿Por ventura, no miente
De amores la mejor, (sé una vez franca),
Si al caso es conveniente?
¿A todas carta blanca
No os dió el Señor para fingir dolores,
Timidez, confusion, luchas y amores?
¿Otra, si tú me dejas,
No he de hallar, desdichado,
Que al hablarla de amor baje los ojos,
Y se alise las cejas,
Y arregle su tocado,
Y se muerda por mí sus lábios rojos?

¿Tan menguada fortuna
Habrá la mia de ser, que no halle, al paso,
Mujer amante alguna,
Cuando viénenme al caso
Todas bien, alta ó baja, flaca ó gorda,
Negra, rubia, morcilla, blanca ó torda?
¿Será mas casquivana
Esta ninfa que aquella?
¿Sus pecados serán mas veniales?
Con negra cabellera ó frente cana,
De las hembras la estrella,
En lo bueno y lo malo, es ser iguales.

¿Iguales? Sí..... Pues trazas
No tengo de llorar por mi derrota.....
Dénme así calabazas
Más que produce Rota,
Que si tengo en el alma de sentirlas,
No será sin mascarlas y engullirlas.
A rey muerto, rey puesto:
Si esto en Francia se gasta.
Cumpliendo de una ley con los deberes,
Yo, en mis leyes de amor, haré mas que esto,
Me venderé en subasta
A la que ofrezca mas de las mujeres.

Vé, en fin, querido dueño,
Con cuánta mansedumbre me resigno
De mi fortuna al ceño;
Confieso no ser digno
De tu amor..... ¿Quiéres más? Inponme pena.
¿Cuál mayor que perderte, hermosa Elena?
Pero nunca imagines,
Que de amar se arrepienta
Mi pecho, por que el tuyo sea inconstante;
Entre grandes, medianas y ruines,
Me quedarán cincuenta
Buenas hembras, sin tí; conque adelante.

LO FEO Y LO HERMOSO.

EPÍGRAMA

¿Dices que por feo me dejas?
Pues yo te dejo por loca;
Y mi dolor no provoca
La falta de que te quejas.
Pues de feo me motejas,
Y llevas de hermosa palma,
He de decirte con calma:
Que más cumple á mi deseo,
Con buen corazon, ser feo,
Que hermoso, con torpe alma.



ABORRECIMIENTO.

Con un raudal de sangre de mis venas,
No con estéril llanto, borraria
De mi torpe aficion la historia impía,
Sus páginas por tí de fango llenas.
De tu traicion al golpe, mis cadenas
Rotas por siempre ya, bendigo el dia
En que puso tu infame alevosía,
Triste fin á mi amor, fin á mis penas.
Alma y vida te dí; pero te engañas,
Si aun de reinar te juzgas con derecho
Sobre esas prendas, para tí ya estrañas:
En mi justo furor, en mi despecho,
Me arrancaré, si es fuerza, las entrañas.
Para arrojar tu imágen de mi pecho.



LA PREDESTINACION.

Si al revolver de una calle
Topais con un monigote,
Robusto, coloradote,
De ancha frente y corto talle,
Que á una mujer, y á un ciento,
De lejos sigue embobado;
Ese está predestinado.
—¿Para qué?
—Sigo mi cuento.

Si al mismo encontrais que vá
Tieso, ufano y rozagante,
Porque dá un brazo á su amante.
Y otro brazo á la mamá;
Jurando, á cada momento,
Que el fin que lleva es honrado;
Ese está predestinado.
—¿Para qué?
—Sigo mi cuento.

Y si á verle volveis luego,
Junto á su amada, callando,
Y gimiendo, y suspirando,
En santa paz y sosiego;
Sin dar á su amor contento,
Ni á su querida cuidado;
Ese está predestinado.
—¿Para qué?
—Sigo mi cuento.

Si al fin en la vicaría
Le hallais con su prenda hermosa,
Triste, pálida, llorosa;

Mientras él bendice el dia
Feliz de su casamiento;
Ese está predestinado.
—¿Para qué?
—Para casado.
—¿Y qué mas?
—Lo calla el cuento,



PRESENTIMIENTO.

EPÍGRAMA.

Don Gil, á quien Dios ha dado
Mujer de oscuro manejo,
Mientras se vestía al espejo,
Pidió la capa al criado.
Este la trajo al contado;
Y Don Gil, compuesto el mapa,
Dijo:—Ninguno me atrapa
Si embisto luego á correr.
¿No ha salido mi mujer?
Pues échame, Juan, la capa.



DESPEDIDA DE SOLTERO.

Tengo una patrona tuerta,
Chata, color de membrillo,
Sin pelo en el colodrillo,
Con una boca de espuerta,
A pedir solo despierta,
Y que su alimento escaso
Me indigesta, á cada paso,
Con la pretension salvaje
De que abone el pupilaje.....
¿Qué haré? ¿me mato ó me caso?

No hay para tanto motivo,
Mas si á la patrona añado
Un usurero endiablado
Que me está comiendo vivo;
Y que cuando de él recibo
Veinte duros, de barato
Pone ochenta en el contrato,
De que un escríba dá fé;
¿Hallar salvacion podré?
Sí: me suicido ó me caso.

Y si me quedara duda
De lo que mas me conviene,
Que pensar mi alma no tiene
Sino en la seca viuda,
Caprichosa, linajuda,
De quien, tocando al ocaso
De su vida, dí el mal paso
De ser el consolador.....
¡No hay más que esperar! ¡Valor!
O me suicido ó me caso.

Así con la lavandera
No tendré sofocaciones;

Sin cintas los pantalones,
Sin botones la pechera;
Así dos horas de espera
No estaré, si por acaso
A dormir voy con retraso,
O llamo desde mi lecho
A la sirvienta. Esto es hecho;
O me suicido ó me caso.

Muchas mis culpas han sido;
Pero que me vuelva espero
Su gracia un Dios justiciero,
Si me atrevo á ser marido.
Solo á su clemencia pido,
Que, pues á dar me propaso
Tan duro y terrible paso,
No haga mi suerte mas negra,
Dándome cuñada ó suegra;
Porque entonces, no me caso.

Para entregarse al demonio
Antes de tiempo, ó á Dios,
Caminos cortos hay dos:
El suicidio ó matrimonio.

Conste pues, por testimonio,
Que hallándome en el fracaso
De amar á un cútis de raso,
Hasta perder el juicio,
Para mayor sacrificio,
No me suicido, me caso.

UN VALIENTE.

EPÍGRAMA.

Para caballero en plaza
Fué escogido Don Miguel,
Y á evitar el lance aquel
Su mujer buscaba traza.
—¿A morir vas con cachaza,
Dijo, y sabes que te adoro?
Y él enjugándola el lloro,
Contestó: —Temor no abrigo.
Cuando he lidiado contigo,
¿Qué puede imponerme un toro?



PODER DE DIOS.

Á FLORENTINA.

Alzar puede el Señor su voz airada
Y apagar con su voz la voz del viento;
Los mares levantar al firmamento,
Y el firmamento hundir con su mirada;
Puede robar su luz á la alborada,
Su fuego al sol, al huracan su acento;
Dios puede herir mil mundos con su aliento;
Dios puede hacer mil mundos de la nada.
¿Quién como Dios? Ante suvoz terrible,
No hay fuerza en tierra ó cielo poderosa
A detener su voluntad bastante:
Solo al poder de Dios es imposible
Otra mujer crear, más que tú, hermosa;
Ni un hombre á tu beldad, más que yo, amante.



MILAGROS DE LA EDAD.

I.

—¿No es buen mozo, Inés, Don Juan?
—Sí, pero es pobre.
— Y Don Justo,
Que es rico, ¿no te dá gusto?
—Sí, pero es poco galan.
—Rico y bello es Don Roman.
—Sí, pero temo mil daños
De sus modales uraños.
—¿Es decir, que para tí
No hay hombre bueno?
—Eso sí.....
Pero tengo quince años.

II.

—Y si á los hombres no quieres,
¿Por qué alimentar sus llamas?

¿Por qué, si se van, los llamas?
¿Por qué, si acuden, los hieres?
¿Por qué amar á otras mujeres
Les quitas, siendo á tí estraños?
¿Por qué á un tiempo desengaños
Das, y favores arrojas?
¿Por qué así tiras y aflojas?
—Porque tengo veinte años.

III.

—Y si á Don Juan no has querido,
Y á Don Justo has desdeñado,
Y á Don Roman le has negado
El título de marido;
¿Por qué, si de tí han huido
Tras de tantos desengaños,
Te quejas de sus engaños?
¿Por qué tu rabia no ocultas,
Y, amándolos, los insultas?,...
—Porque tengo treinta años.

IV.

—¡Ah! ya comprendo: si niega
La niña á los quince años,
Llora á veinte desengaños,
Y á los treinta al hombre ruega.

¡Infeliz de la que ciega,
Desprecia la ya alcanzada
Dicha, por otra soñada!
Pronto ha de ver con dolor,
Que aguardando lo mejor,
Se viene á quedar sin nada.



UN RECUERDO A UNA MEMORIA.

Rica ofrenda de amor, blanco pañuelo
Que una hermosa bordó para mi encanto;
Flotante nube que me eleva á un cielo
Regado con las perlas de su llanto;

Nevado mar que finge, en sus festones,
Revueltas olas de plegado encaje,
Donde anidan mil tiernos corazones,
Alciones de tu cándido oleaje.

¡Ay! Si pudiera el fuego de mi frente
Apagar en las ondas de tu seno!

¡Si al través de tu encaje trasparente
Latiera un corazon de amores lleno!

¡Ay, si libar pudiera venturoso,
En tu seno una lágrima perdida!
¡Ay de mi vida, si tu dueño hermoso
Viniera á darme, con su aliento, vida!

Recuerdo de mi bien; tú eternamente
Serás el talisman de mis pasiones;
Tú el fuego apagarás de mi alma ardíente
En el mar de tus puras ilusiones.

Al través de tu encaje trasparente
Pulsaré un corazon, ébrio de amores,
Y surcarán tus lágrimas mi frente
Como el llanto del alba entre las flores.

Tú el sudario serás que, en mi agonía,
Ciña á mi sien la hermosa que es mi encanto,
Y el cielo tú, que espera el alma mia,
Regado con las perlas de su llanto,



PRENDAS CARAS.

EPÍGRAMA.

Te pedí que me miraras,
Y me pediste un manton;
Y por mirar con pasion,
De tafetan treinta varas.
Ante miradas tan caras,
No es raro que miedo cobre,
Aunque el cariño me sobre;
Y que diga, y tú comprendas,
Que son muy caras tus prendas
Para que las gaste un pobre.

EL POBRE CIEGO.

I.

Hermosísima señora,
Tienda hácia este pobre ciego
Una mirada de fuego
Y una mano bienhechora;
Y el Señor
del amor
La libre, y de la maldad
De un corazon fementido.....
¡Mire usted que se lo pido
Con mucha necesidad!

II.

No pase usted adelante,
Señora, sin dar al pobre
Una pieza, y no de cobre,
Que soy pobre vergonzante:
Una, y luego
verá el ciego

Otra vez la claridad
Del mismo sol que le ha herido....
¡Mire usted que se lo pido
Con mucha necesidad!

III.

Por ciego amar ciego fuí;
¿Cuál será el alma piadosa,
Si hallo á usted tan desdeñosa,
Que se conduela de mí?
Sea cualquiera,
mi alma espera
Que haga *un bien de caridad*
A quien ciego la ha seguido.....
¡Mire usted que se lo pido
Con mucha necesidad!

IV.

Vergüenza siento al decillo;
Mas, si usted de mi ceguera
Fué la causa, ¿no debiera
Ser usted mi lazarillo?
Alma mia,
sea usted guia,
En su triste oscuridad,
De mi corazon perdido.....
¡Mire usted que se lo pido
Con mucha necesidad!

V.

Por la mano su merced
Que me levante le ruego,
Hasta su cielo, aunque luego
Me arroje al infierno usted.
Que otra paga
no me halaga,
Que ser, en mi ceguedad,
De usted llevado y traido.....
¡Mire usted que se lo pido
Con mucha necesidad!

VI.

Dos cuartos de usted, y al fuego
Un hueco en su corazon,
Basta á calmar la ambicion,
Señora, del pobre ciego.
Y aun no quiero
su dinero,
Si tambien en su bondad
No hallo el hueco apetecido.....
¡Démelo usted, que lo pido
Con mucha necesidad!

¡VAYA EL RESTO!

EPÍGRAMA.

Por que me amas, y en mi vida
Nada te dí, me motejas;
E injustamente te quejas
De no ser correspondida.
Mas, si eres de mí querida,
Y ayer tuve que empeñar
La capa, para cenar,
¿Qué á pedirme más te pones?
¡Como no sean desazones,
Yo no tengo más que dar!



AMOR PURO.

Te ví; te amé; luché; quedé vencido;
Loco te perseguí; cuerda me huiste;
Mi dolor te mostré; piedad tuviste,
Y en tus ojos creí ver mi afan cumplido.
Manchar temí tu virginal oido,
Y con secreta adoracion me víste,
La virtud respetar, que á Dios debiste;
Las gracias bendecir con que has nacido.
Santo y puro es mi amor: de tí no imploro
Otro pago, otro bien que el que reclama
De madre amante, de su niño el lloro.
Nada mancha en mi amor; nada te infama;
Que el fuego celestial con que te adoro,
Purifica mi ser, si á tí me llama.



DOS FALTAS.

EPÍGRAMA.

Con Beatriz me propasé,
Y mostró su indignacion:
Pedíla humilde perdon,
Y mayor su furia fué;
Quise saber el *por qué*
De hacer de inflexible alarde,
Y me dijo: — Es que esta tarde
Dos ofensas me ha inferido;
Primero, siendo atrevido,
Y despues, siendo cobarde.



EN UNA ORGÍA.

No mas vino, no mas, que ya la copa
Se escapa de mi mano,
Y, al rodar por la mesa, se derrama
Sobre la ajada ropa
Del ídolo tirano
A quien adoro, y que en mi amor se inflama.

De amar y de gozar sonó la hora.
Las luces espirantes
Dentro del candelabro se revuelven,
Con lengua abrasadora;
Y, un momento brillantes,
Lucen su luz, y á las tinieblas vuelven.

De las marchitas flores el aroma
Se esparce en densa nube,
Y el alma y los sentidos embriaga;
Y el vértigo que asoma,
Y cual las olas sube.
De la clara razon el faro apaga.

Y en medio de los cantos, de la orgía,
Y de cien lábios rojos,
Que mienten del amor las ilusiones,
Solo en tí, amada mia,
Se detienen mis ojos,
Quemados de tu vista en los tizones.

Negros tus ojos son; su luz es pura;
Pero al ver tu mirada,
Brillar un punto y apagarse luego,
Mirar se me figura,
En la noche cerrada,
El espacio cruzar globos de fuego.

Y, ¡ cuán blanca es tu tez! ¡Como es chiquita
Tu sonrosada boca!

¡Qué breve el pié! ¡Qué esbelta tu figura!
Todo á buscarte incita,
Todo á tu amor provoca,
Esclava la Razon de la Locura.

Ven, hermosa, hácia mí, ciñe mi cuello
Con tu brazo de nieve;
Yo esconderé mi frente en tu regazo;
De mis lábios el sello
Pondré en tu lábio breve,
Y un abrazo tendrás por cada abrazo.

¿Temes al mundo, y con el mundo sientes
Entrar en dura lidia?
O ¿es que la ira del Señor te asombre?
Si en amarme consientes,
Impotente la envidia,
Que no conoce Dios, será en el hombre.

Ven, hermosa, hácia mí; ¿qué importa al mundo
Que juntos apuremos
La copa del placer, hasta las heces?

En éxtasis profundo,
Al mundo despreciemos,
Y gocemos sin fin, una y mil veces.

Siempre buscando amar y ser amado;
Siempre mal satisfecho
De la mujer, y á su traicion testigo,
Triste y desamparado,
¿Es raro que en tu pecho
Mi alma desterrada busque abrigo?

Ven mas cerca de mí; ven y consiente
Que rasgue el blanco lino,
Testigo fiel de tus amantes penas;
Clausura trasparente
De tu seno divino;
Oculto manantial entre azucenas.

Duérmase en él mi alma enamorada
Con su susurro blando;
Y en él se bañe al despertar mi frente.
¿Qué mas anhelo? Nada.

Ni su gloria demando
A Dios, como yo en tí mi gloria cuente.

Venga vino otra vez; apague el vino
De la razon la llama;
Para adorarte, ser prefiero loco.
Si amar es desatino,
Y es cuerdo quien no ama,
¿Quieres, niña, sanar? ¿No? Yo tampoco.



EL DIA DEL JUICIO.

EPÍGRAMA.

Amé á Concepcion por vicio
Y ella por loca me amó,
E idolatrarme juró,
Hasta el dia del juicio;
Mas como de amor resquicio
No habia en ella, un mes pasado,
Me dijo: — No te he faltado:
Pues que huyó mi amor de tí,
Cuando al juicio volví,
Hasta el juicio ha durado,



EN PAZ Y JUGANDO.

¿A que en tus lábios pongo, Mirta bella,
Mis lábios?
—¿A que nó?
—Míralo.
—¡Ingrato!
¿Merezco de tu amor tan loco trato?
¡Mal hace quien por todo así atropella!
—Perdon: ¡oh! ¡Mirta!
—No. ¿No ves la huella
Que en mi rostro tu amor dejó, insensato?
—Pues devuélveme el beso; y mi arrebato
Nadie sabrá, ni el fin de la querella:
Dije; y al punto Mirta convencida
Volvióme, solamente por pagarme,
El beso que la dí, muda y temblando;
Con lo que, nuestra cuenta fenecida,
Quedamos, sin dejar ella de amarme,
Aquella vez en paz..... pero jugando.



CORRESPONDENCIA JOROBADA

CARTA PRIMERA. — DE ÉL Á ELLA.

Una joroba, sobre treinta años,
A vuestros pies coloco, señorita:
¡Soy muy rico tambien! Pues, sin engaños,
Saber mi pecho amante necesita
Si, fiel al Dios tirano,
Aceptais mi caudal, joroba y mano.

CARTA SEGUNDA. — DE ELLA Á ÉL.

Admiracion me causa, caballero,
Que, sin mirar atrás, hayais pensado,
Que yo pueda aceptar mano y dinero
De un esposo añadido y aumentado.
En vos mucho hay que gusta;
Mas la joroba, aunque dorada, asusta.

CARTA TERCERA. — DE ELLA Á UNA AMIGA.

Cuando los veinte años no he cumplido,
Un galan, aunque rico, jorobado,
A ofrecerme su mano se ha atrevido:
Lo que á tanta osadía he contestado
Ya puedes figurarte:
Que lleve su joroba hácia otra parte.

CARTA CUARTA. — DE SU AMIGA Á ELLA.

Solo á tu inesperiencia ocurriría
Despreciar á un marido, de los buenos,
Porque lleve á la espalda ¡ fruslería!
De carne un poco mas ó un poco ménos:
Joroba con dinero,
Si no es el corazon, llena el puchero.

CARTA QUINTA. — DE ÉL Á ELLA.

Diez años han pasado, y mi gran renta
Ni mi joraba en nada han variado;
Años tengo ya más, tengo cuarenta;
¿Sirven ó no? Decidlo y soy pagado.
Si mi amor no os injuria,
Respondedme esta vez con menos furia.

CARTA SESTA. — DE ELLA Á ÉL.

Tiernamente al favor agradecida
Que os dignais dispensarme, caballero,
Sin la eminencia que llevais, rendida,
Yo aceptara su mano y su dinero.
Mas la calma me roba,
De un marido cargar con la joroba.

CARTA SÉPTIMA. — DE ELLA Á SU AMIGA.

Cuando he cumplido treinta, y la esperanza
Empezaba á perder de hallar marido,
De nuevo el jorabado dardos lanza
A mi pecho de nadie apetecido.
Resisto todavía,
Mas empiezo á creer que es tontería.

CARTA OCTAVA. — DE SU AMIGA Á ELLA.

¡Tontería! Lo es. Torpeza suma
Fuera dejar la carne, como boba,
De un ave solo por su fea pluma;
Y en tu amante la pluma es la joroba.
Te lo he dicho, hija mia,
Pararse en pluma ó pelo es tontería.

CARTA NOVENA. — DE ÉL Á ELLA.

Mi fortuna he perdido á los cincuenta,
De joroba y de amor solo provisto,
Perdonad si otra vez no tomo en cuenta
Vuestro fiero desden, y loco insisto
En ser de vos amado,
Aunque pobre, y ya viejo, y jorobado.

CARTA DÉCIMA. — DE ELLA Á ÉL.

Abrumado de amor y de razones,
Y de otras prendas mil, tanto os contemplo,
Que, aunque perdido hayais vuestros doblones,
Luego, luego, con vos marcharé al templo,
Donde á daros me allano,
Satisfecha y feliz, mi blanca mano.

CARTA UNDÉCIMA. — DE ELLA Á SU AMIGA.

Consumé el sacrificio: era forzoso.
Quedarme para tia era gran obra,
Y acepté al jorobado por esposo,
Sin mirar si le falta ó si le sobra.
Con franqueza te hablo:
Á mi edad me casára con el diablo.

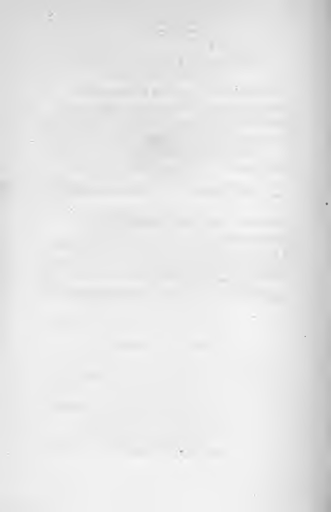
CARTA DUODÉCIMA. — DE SU AMIGA Á ELLA.

Marido tienes ya, que es lo importante,
Cuando tu edad de los cuarenta pasa,
Si se rien de tí, dí en el instante:
Que pues una joroba en cada casa
En todo tiempo ha habido,
Mejor es que la lleve tu marido.

CARTA DÉCIMA TERCERA.—DEL AUTOR Á LAS LECTÒRAS.

¡Mujeres, aprended! Maridos buenos,
Para mujeres pobres, no hay de sobra:
Si ellos llevan demás, llevad de ménos,
Y viene á ser igual. Mano á la obra:
Sean ó no jorobados,
Con joroba han de andar, si son casados.

———



A..... MORIBUNDA.

¡Morir tú! ¡Arrebatarme
La muerte tus despojos!
Antes la luz del Sol pueda faltarme
Que el Sol me falte de tus claros ojos.

¿No sabes que á tu aliento
Vá mi existencia unida?

¿Que al sentirte morir, morir me siento?
¿Que al verte revivir torno á la vida?

Dentro de tí viviendo,
Por tí solo anhelando,
Si eres dichosa, con tu bien riendo,
Si penas lloras, con tu mal llorando:

Con tu ser confundido
Mi ser, para adorarte,
Presta atencion y oirás el dolorido
Eco del alma, de que formas parte.

Sufrir yo tus dolores
Quisiera, y tu tormento;
Y, agotando á la fiebre sus rigores,
Con el fuego embriagarme de tu aliento,

Y esos dolores, y esos
Tormentos, que odio tanto,

Apagar con el soplo de mis besos,
Anegar con las olas de mi llanto.

¡Angel de mis amores!
Recobra tú la calma,
Y cébense en mi cuerpo tus dolores,
Y piérdase, si es fuerza, hasta mi alma.

Pero, no, Dios no puede
Negarme su clemencia;
Si en grandeza á otro amor mi amor no cede,
No cede á otro ninguno en su inocencia.

Verte, si no dichosa,
Guardar tranquila, al ménos,
La llama pura del amor hermosa,
Que alumbró nuestros dias mas serenos;

Leer en tu mirada
Un dulce pensamiento,

Recuerdo de la dicha ya gozada,
Esperanza del bien que venir siento;

Verte solo una hora,
Tras mil de ausencia y duelo,
Y adorarte en silencio, cual se adora
A la Vírgen purísima del Cielo;

Del tiempo y del olvido
Triunfar y de la muerte....
Eso tan solo á tu cariño pido:
¡Con el alma tan solo poseerte!

Dios, todo amor, que mira
De mi amor la pureza,
No puede condenar el que me inspira
La creacion celestial de tu belleza.

Pero si, en su juicio
Inescrutable, el Cielo

Impone á tanto amor un sacrificio,
Yo, al mirarte morir, del fallo apelo:

Yo para mí reclamo
La pena merecida:
¡Mira, mi único bien, cuánto te amo!
¡Muera mi amor y sálvese tu vida!



LA ENFERMEDAD DESCONOCIDA.

EPÍGRAMA.

Mi amigo Don Timoteo
Justamente se escamaba,
De que su mujer andada
Tarde y noche de bureo.
Achacólo á un devaneo;
Y al verlo su esposa triste,
Esclamó: — Se me resiste,
Que no me hables con franqueza.
Timoteo: en tu cabeza
Por fuerza hay algo que embiste.



LAS DOS ROSAS.

DISCULPA DE UN ATREVIMIENTO.

Junto á un rosal ví una hermosa,
Y tan hermosa la ví,
Que otra rosa la creí;
Y á una rosa y á otra rosa
Ojos y manos tendí.

Mas fueron asaz tiranos
De ambas rosas los abrojos,
Pues me hirieron inhumanos,

En el cuerpo, por las manos,
Y en el alma, por los ojos.

De la herida, que el rosal
Hizo en mis manos, curé;
Mas ¡ay! que tan honda fué
La del alma y tan mortal,
Que por la hermosa cegué.

Por esto tú mis antojos
No has de tachar de livianos,
Si al herirme en tus abrojos,
Para resguardar los ojos,
Llevo delante las manos.

INFIERNO Y GLORIA.

Ruje la sangre en mis hinchadas venas,
Afluye al corazon, golpea mi frente,
Y es que tiemblo al pensar que por tu mente
Cruce de otro mortal la sombra apenas.
Rotas de la razon ya las cadenas,
La indómita pasion que mi alma siente,
Ni al mismo Dios tu posesion consiente,
E iría á arrancarte á las eternas penas.
¿Qué me importa afrontar de Dios las iras
Si es contigo el dolor ó el gozo eterno,
Si en mí, tan solo, en mí tu gloria miras?
Y pues la gloria en tí, darme Dios quiso,
El cielo, sin tu amor, creeré un infierno;
Con tu amor, el infierno un paraiso.



LA FLOR PERDIDA.

Pobre flor, abandonada
Sobre el césped de un jardin,
¿Despues de haberte arrancado,
Quién pudo olvidarte, dí....?

Si bajo el seno turgente
De mi idolatrada hurí,
(Teniendo un cielo por sólio
Y por dueño un serafin),
Dabas envidia á las flores,
Y envidia y celos á mí,
¿Por qué á la tierra has bajado,
Para olvidada morir,
Pobre flor, abandonada
Sobre el césped de un jardin?

Envidiosa de mi Amelia,
¿Quisiste, flor, competir,
Con la esbeltez de su talle,
Mas que la rosa gentil;
Con el marfil de su cuello
O de su lábio el carmin;
Y, aunque tarde, arrepentida,
Triste penas tu desliz,
Pobre flor, abandonada
Sobre el césped de un jardin?

Por ventura, ¿eres la víctima
De un capricho juvenil?
¡Bajas tu corola y vistes
Tus pétalos de carmin....!
No digas, flor, tus pesares,
Que harto tiempo yo, infeliz,
Cual tú me ví entronizado,
Cual tú olvidado me ví,
¡Pobre flor abandonada
Sobre el césped de un jardin!

Era de noche, y la luna,
Orlada de estrellas mil

Bogaba en mares de plata
Sobre conchas de zafir,
Cuando á las plantas de Amelia
Desde sus brazos caí,
Para despues..... deshojado
Por su inconstancia, morir,
¡Pobre flor abandonada
Sobre el césped de un jardin!

¿Y eran de Amelia los ojos
Aquellos en que leí,
Primero, el amor mas grande
Y la indiferencia en fin?
¡Triste flor, si un pecho buscas
Con quien tus penas partir,
Ven al mio, y nuestro llanto
Confundiremos así,
Pobres flores, olvidadas
Sobre el césped de un jardin!

Pero no, vé, y á la ingrata
Que á entrambos nos mata, dí:
Que lleno vá de mis lágrimas
Tu cáliz, flor infeliz;

Y si del pecho te arroja,
Vuelve á mi pecho, que aquí
Podrás, si no junto á Amelia,
Junto á su imágen vivir;
¡Flor, como yo, abandonada
Sobre el césped de un jardin!

¡Pobre flor, ya no presumas
De tu destino infeliz;
Quien te arrancó y te ha olvidado
Arrancóme el alma á mí!

LA INTENCION SALVA.

I.

Tiene, y á la vista salta,
La mujer de más valía,
Una pueril tontería,
Ó una ridícula falta.
Mas, por esto, no obra justo
Quien las mil gracias desprecia
De la mujer; loca ó nécia,
Lo es por dar al hombre gusto.
Y pues de los hombres nacen
De las hembras los deslices,
No es justo que despedacen
Lo que hacen las infelices,
Visto el fin con que lo hacen.

II.

Un hueso, de poco peso,
La amistad perruna altera,
Y entre hembras no la hay sincera
Cuando un buen mozo es el hueso.
Tengan á uno mismo en mientes
Dos niñas que esténse amando,
Y, al hablar, siempre es ladrando,
Y enseñándose los dientes.
Mas si alguno de estas riñas
Censurar debe el esceso,
No toca á los hombres eso,
Cuando son entre las niñas,
La causa del ódio, el hueso,

III.

Hace de pudor asombros
Una niña, y lanza truenos,
Y, á muy poco que sean buenos,
Saca á relucir los hombros.
Y, aunque sea entre sonrojos,
Dará á entender, la más culta,
Que es más bello lo que oculta,
Que lo que miran los ojos.
Pero de estos tropezones

Responder al hombre toca;
Pues, más que morales dones,
Busca humanas perfecciones,
Aunque estén en una loca.

IV.

Úsase en el pelo un tábano;
Y un enjambre ha de traer
Sobre el pelo la mujer.
¿Exije la moda un rábano?
Pues forzoso es que lo traiga
La mujer sin dilacion;
Llamen ellas la atencion,
Y despues caiga el que caiga.
Mas si el lujo las ofusca,
Es que en él, lazo certero
Tienden al hombre fullero;
Que el hombre dinero busca,
Y el lujo indica dinero.

V.

Junto al mérito que admira
En sí una mujer, no hay nada;
Ella es la más adorada,
Y quien más respeto inspira;
Ella quien tiene más buenos

Sentimientos, si á ver vas,
Y la que desprecia á más,
Y la que codicia ménos.
  Mas si en esto pecadoras
Son, y sus elogios locos,
Pensemos que, á todas horas,
Son muchas las vendedoras,
Y los compradores pocos.

VI.

  Sus faltas no han de achacarse
A sentimientos ruines;
Un fin solo entre mil fines
Llevan las niñas: casarse.
  Bueno fuera, y fuera santo
Que buscasen su acomodo,
Sin cesar, pero no en todo,
Con calor, pero no tanto.
  Mas la mujer ni aun tendria
Impaciencias de esa estofa,
Sin la crueldad, nécia, impía,
Que la hace objeto de mofa,
Si se queda para tia.

VII.

  Porque fuerte ser queremos
Ellas de humildes se precian;

Y la virtud menosprecian
Porque en nada la tenemos.
  Marchando por el sendero
Donde espera al hombre ver,
¿Es raro que la mujer
Todo lo inmole al dinero?
  Y, pues de los hombres nacen
De las hembras los deslices,
No es justo que despedacen
Lo que hacen las infelices,
Visto el fin con que lo hacen.



LA ALHAJA ROTA.

EPÍGRAMA.

Cuanto me pides, te envio:
Pelo, petaca y pañuelo;
Solo guardo el guarda-pelo
Que á un tiempo fué tuyo y mio.
Guardarle, aunque roto, ansío;
Mas si el recobrar te apura,
Lo que darme fué locura,
Te diré, pues que soy voto,
Que á tu guarda-pelo roto
No has de encontrar soldadura.



REMEDIO DE AMOR.

Por tus miradas herido,
Ser por tus lábios curado
Solo ambiciono, y te pido;
Cúrame y daré al olvido
Que mi pecho has desgarrado.

Que si tus ojos causaron
La herida de amor que lloro,
Mal tus ojos me trataron,
Cuando crueles rasgaron
El alma con que te adoro.

¿No ves mi pálida frente
Cuál se inclina ante el esceso
Del vivo dolor que siente?
Pues dame un beso, y consiente
Que en tu frente imprima un beso.

Así, por tus lábios rojos,
Sabrá el alma, sin enojos
Para vengar sus agravios,
Que la curarán tus lábios
Si es que la hirieron tus ojos.

ABNEGACION.

Trémulo el lábio, la mirada triste,
Quejas, disculpas murmurando apenas,
La sentencia escuché en que me condenas
A devolver las prendas que me diste.
No temas, no, cuando borrar quisiste
Memorias, para mí, de encanto llenas,
Que á remachar, imbécil, sus cadenas
Se preste el corazon que, ingrata, heriste.
Cuanto tengo de tí darte es mi anhelo.
¿Qué empeño he de tener en usurparte
Cartas de amor, sortijas de tu pelo?....
Si del alma, por tí, perdí la calma,
¿Puedes quitarme más? ¿Quieres llevarte
Lo que aun tengo de tí?... Pues toma el alma.



EL MERCADO DE LAS GRACIAS.

No os cause apuro, mortales,
Que la mujer, que os ofrezca
Dios ó el demonio, carezca
Hoy de gracias naturales.
Gaste plata sin temor
Aquella á quien plata sobra,
Y enmendar podrá la obra
Misma del Sumo Hacedor.
Porque á tiempo hemos llegado
Que, aunque falte gracia ó prenda,
Puédense hallar de contado,
Las carnes en el mercado,
Y las gracias en la tienda.

Pierde una niña el cabello,
O se dá tan mala maña
Que al peinarse lo enmaraña.....
¿Se desespera por ello?
No: sin que nadie la riña,
Se viste, coje dinero,
Va en busca de un peluquero,
Y á casa vuelve la niña
Con un soberbio peinado,
Que es preciso que sorprenda,
Y es suyo, pues lo ha pagado.....
Mas claro aun: que ha encontrado
Peinado y pelo en la tienda.

Morena hay que procura
Llevar de blanca la voz,
Y pide auxilio al arroz
Y blanquea su hermosura;
Mientras hay blanca que pena
Por que el demonio se lleve
Su color de blanca nieve,
Convirtiéndola en morena.
Pero á tiempo se ha llegado
En que pueda una criatura
Ser del color de su agrado;

Que el color, ó la blancura,
Hoy se compra en el mercado.

El traje le viene estrecho
De una hermosa al corazon:
Y aplastado el esternon
Tiene otra dama, y el pecho.
¿Por qué, pues, cuando carece
De lo que al vestido ensancha,
Parece de hombros tan ancha,
Y tan redonda parece?
Porque á tiempo hemos llegado
En que suple el algodon
Faltas de un cuerpo delgado,
Y el pecho y el esternon
Se compran en el mercado.

A otra hermosa le dá enojos
De sus ojos el cristal,
Y se pinta el lagrimal
Para hacer grandes sus ojos.
Otra sus lábios sombrea
Con ténue y pintado bozo;
Y lunares que dan gozo

Otra en fingir se recrea,
Y á todas está otorgado
Dar aumento á su hermosura,
Con lo que es mas de su agrado;
Pues pende de la pintura,
Y ésta se halla en el mercado.

Úsase chica cadera,
Y todas sin bultos van;
En llevarla grande dan
Y asusta el peso á cualquiera.
¿Es que Dios ha dado á todas
Las mujeres el poder
De engordar ó enflaquecer,
Segun lo exijan las modas?
No; sino que hemos llegado
A un tiempo en que gracia y prendas
Pueden comprarse al contado;
Las carnes en el mercado,
Y las gracias en las tiendas.

PROPIEDAD INDISPUTABLE.

EPÍGRAMA.

De gruesa Inés, gala hacía,
Y por fiador, de que era
Su redondez verdadera,
Siempre á su esposo ponia.
—¿Llevo cosa que no es mia?....
Le dijo con gestos duros;
Y él, para salir de apuros,
Contestó:—No hay que dudar:
¡Como que acabas de dar
Por el polison seis duros!



MI AMBICION.

Para mi amor, tu amor: para mi vida,
Tu vida y tus placeres;
Que en vano el mundo, si infeliz tu eres,
Al placer me convida,
Con su oro, su gloria y sus mujeres.

No es mi ambicion de perlas un tesoro,
Ni tesoros mas bellos;
Perlas me dá finísimas tu lloro,
Y guardo en tus cabellos
Dorados hilos de tus trenzas de oro;

Ni me importa alcanzar alto renombre
De la Europa ilustrada,
Si tus lábios, mujer idolatrada,

No pronuncian mi nombre...
¿Pues qué es la gloria, sin tu aplauso? Nada.

Corran en pos de triunfos y de honores,
De gloria y de despojos,
Los que aspiren del mundo á ser señores;
Que el trono de tus ojos
Es la sola ambicion de mis amores.

Déme el cielo tu amor y nada pido
A Dios, de los placeres
Que al mísero mortal ha concedido:
Doy junto á tí al olvido,
Oro, gloria, poder, nombre y mujeres.

Dáme tu amor, y si morir debiera
Por esta pasion loca,
Muriendo con tu amor dichoso fuera,
Si mi alma, prisionera
Quedase en el sepulcro de tu boca.

AMAR Á TIENTAS.

¡A oscuras te encontré! Un dia que á duras
Penas sujeto, me acogí al teatro,
De la Cruz en el bajo anfiteatro
Penetré y te hallé, tentando á oscuras.
  Tu dulce voz me anticipó dulzuras;
Y yo, que á las mujeres idolatro,
Tus gracias busqué al tiento, y mas de cuatro
A oscuras ví que hicieron mis venturas.
  Tu gracia adiviné, tu risa triste,
Tu piel suave, y de tus lábios rojos
Bebí el aroma con que el aire pueblas;
  Y tan alzada en mi ilusion te viste,
Que á Dios, al tener luz, pedí mas ojos
Para mirarte más, ó más tinieblas.



SOCIALISMO.

De despotismo el mas fuerte
Califica la mujer,
La accion que suele ejercer
La sociedad en su suerte,
Cuando es la pura verdad,
Que para hacer su capricho,
Siempre la mujer ha dicho:
—*Lo exige la sociedad.*

—¿Por qué, Beatriz, á un profano
Dejas que con fuerza impura,
Al walsar, por tu cintura

Camine á tientas su mano?....
¿Es tu adorada mitad
Quien goza de tanto fuero?
—Es un solo amigo, pero.....
Lo exige la sociedad.

—Si eres pobre, ¿por qué, Irene,
Consientes en que tu esposo
Sea contigo dadivoso,
Gastando lo que no tiene;
Sin ver que de caridad
Tendrás que vivir despues?....
¿Que te arruinas no ves?...
—*Lo exige la sociedad.*

—Y en la calle, y en paseo,
¿Por qué del brazo te miro,
Nunca con Don Teodomiro,
Siempre con Don Timoteo;
Sabiendo la vecindad
Que es tu marido el primero?....
—Que no obro bien ya sé; pero....
Lo exige la sociedad.

—Y ¿por qué sufres, Leonor,
Que en presencia de tu esposo
Llegue y te diga un baboso
Dulces palabras de amor?....
¿Qué, contra su liviandad,
Te impide que alces el grito?....
—Lo impide, que si me irrito
Se burla la sociedad.

—¿Es decir, hijas del alma,
Que, gracias al socialismo,
No hay para el marido mismo
Dentro de su estado calma?....
Y ¿es decir, ¡Dios de bondad!
Que la mujer se cree pura,
Cuando, ante todo, procura
Cumplir con la sociedad?

Pues yo que á pensar no atino
Que haya un pecho á quien le cuadre,
El partir, ni aun con su padre,
De una mujer el destino;
Yo, mi adorada mitad
No he de prestar á un estraño,
Aunque así, para mi daño,
Lo exija la sociedad.



LA MARIPOSA.

Tal entre el nácar de tu faz serena
Se anida tu pupila bulliciosa,
Que parece dormida mariposa
Sobre el cáliz de cándida azucena.
Mas ¡ay! que por lo mismo veo con pena,
Que al despertar, lanzándote afanosa
Tras la llama del amor, siempre engañosa,
Á abrasarte el Destino te condena.
Mariposa infeliz, si á ella te igualas,
No arrastres, como ella, á ignoble pira,
Con tu loca aficion, tus ricas galas;
Del fuego de mi amor en torno gira,
En mi fiel corazon quema tus alas,
Y cae en mis brazos, y en mi seno espira.



FLORES PRESTADAS.

PARA EL ALBUM DE LA SEÑORITA DOÑA F. G. G.

Flores arrojar pretendo,
Niña hermosa, ante tus plantas;
Mas ¡ ay ! ¡ que ya de otro dueño
Son las flores de mi alma !
Para que sean de tí dignas,
Flores han de ser sacadas
Del pensil de tus virtudes,
Del manantial de tus gracias.
Dáme el *jazmin* de tu frente;
La *rosa* de abril temprana
De tus mejillas; el *lirio*
Al que en tu esbeltez igualas;
Los *claveles* de tus lábios;
La *azucena* de tu alma;

Y los castos *pensamientos*
De tu frente inmaculada.
¿Quieres que sean más hermosas,
Más frescas, más aromáticas,
Estas flores, pobre ofrenda
Que mi amistad te consagra?
Pues hallen sol, en tus ojos;
Sombra, bajo tus pestañas;
Aroma puro, en tu aliento;
Y riego en tus dulces lágrimas.
Vivifíquenlas tus lábios,
Si al tocarlas yo se ajan,
Y luego á tu pecho préndelas,
Y con tus cabellos átalas.
¡Oh! de esta suerte bien puede,
Fermina, mi amistad santa,
Con su homenage orgullosa,
Ponerle altivo á tus plantas.
¿Cuáles mas galanas flores?
¿Cuáles, dí, más codiciadas?
Pues por tuyas, por hermosas,
¡Guárdalas, Fermina, guárdalas!
Tanta virtud, tanto hechizo,
Merece ofrenda tan alta.....
Yo puedo elogiar mis flores,
Porque son flores prestadas.

REPULGOS DE UNA DONCELLA.

—«Vamos, estése usted quieto;
No me urgue usted. ¡Qué pesado!
Sea usted prudente, ó me enfado
Si me falta así al respeto.
No me gustan,
Ni son buenos, ni bonitos,
Juegos de manos..... Que á gritos
Voy á empezar, si usté empieza
De nuevo. ¡Mala cabeza!
Estémonos quietecitos.»

«¿Por qué, si herido se siente
De pensamientos tan locos,

No vá usted con esos cocos
Á la vecina de enfrente?
Es hermosa,
Y, con su génio chancero,
No pondrá á sus bromas pero.
¿Otra vez?.... Vamos, prudencia:
Tenga usté, al menos, conciencia.
¡Ay! déjeme usted; no quiero.»

«¡Sí, pues bonito es el hombre,
Para que una niña honesta,
Que á menos bromas se presta,
De sus chanzas no se asombre!
Sea usted buena,
Y, por buena, deje luego
Que la roben el sòsiego
Los pícaros calaveras.....
¡De veras, y muy de veras,
La vendrá á salir el juego!»

«¿Que es su amor puro y constante
Sostiene con juramentos?
Semejantes aspavientos
Los hace cualquier tunante.

Todos juran
De su intencion la pureza.....
Mas, ¿sabe usted que me asombro
De la singular llaneza,
Con que busca usted mi hombro
Para apoyar su cabeza?»

«Para tanto atrevimiento,
¿Quién ha dado á usted licencia?
Vuelva usted de su demencia,
O de mi amor me arrepiento.
¡Atrevido!
¿Así á mi amor corresponde?
¿Así, cuando jura amárme,
Quiere usted precipitarme?.....
Y, ¿á dónde, señor? ¿á dónde?....
¡Salga usted, no vuelva á hablarme!»

«Pero, nó, aquí, á mi lado,
Permanezca usted tranquilo;
Que no ha de temer al filo
De la espada el buen soldado.
¿No es mas dulce
Contemplarnos santamente

Con celestial embeleso?
¿Dice usted que quiere un beso?
Sea: mas de hermano. ¡Oh qué ardiente!
¡Dios nos perdone este esceso!»

«¿Gracias? ¿Por qué? Mi existencia
¿No es de usted? ¡Ah! ¡bien lo sabe!
Ninguna es justo se alabe
De mas amor ni inocencia.
Yo tan solo
Puedo amar con frenesí,
Con pecho duro, inhumano.....
¿Que soy dichosa? ¡Ay de mí!
¿Por qué oprime usted así
Entre sus manos mi mano?»

«¿Por qué, con los ojos rojos,
Me mira usted con fijeza?
¿Por qué inclina su cabeza?
¿Por qué se anegan sus ojos?
Más me agradan
Sus bromas que su quebranto;
¡Mucho el quererle me arredra.....
Pero al ver correr su llanto.....

Yo tengo el alma de piedra,
Muy dura, pero no tanto!....»

« Los cielos me son testigos
De que su dolor me aterra!
Nada hay mas dulce en la tierra
Que ser dos buenos amigos:
¿No le basta?
¡Habrá mayor insolencia!
Pues locamente se afana
Por triunfar de mi inocencia,
¡Salga usted de mi presencia!....
Pero vuelva usted mañana.»



LA ESCALADA.

Hay en las noches de mi amarga vida
Una tan solo de dulzura inmensa,
En que le plugo á Dios dar la medida
Del bien que al justo en su mansion dispensa;
Noche apenas gozada y ya perdida;
Mas que al pensar en ella, mi alma piensa
Que va á romper con el placer sus lazos.
¡Aquella noche que pasé en tus brazos!

Aun me parece ver del ancho cielo
El manto azul, de estrellas tachonado,
Envolver de Medina el rico suelo
De mil errantes luces salpicado:

Aun veo á la luna remontar su vuelo,
Dejando al mundo con su luz bañado;
Y aun mira con terror mi fantasía
Volar el tiempo, aproximarse el dia.

Dios al fin me escuchó. Opaca nube
A mi dicha rompió la última traba;
La oscuridad llegó, y miedo tuve
De ver huir el bien que ya tocaba.
Mas al oir tu voz, voz de querube,
Que al cielo de tus brazos me llamaba,
Me lancé á tu balcon con raudo vuelo,
Pisé tu estancia, y me encontré en el cielo.

Y ¡cuán bella te hallé! Tu alta figura,
Blanca y flotante falda la envolvia,
Con el temor doblabas tu blancura;
De carmin el rubor tu faz teñia.
Dulce y triste sonrisa de amargura
Y de placer tus lábios recorria;
Y al dejarme tus manos por despojos,
De mí apartabas con terror los ojos.

Tú temblabas, y yo, cual tú temblando,
Creyendo un sueño ser el bien presente,
Una á una tus gracias devorando
Iba con lábio y con mirada ardiente;
Mientras que tú, por esquivar luchando
Halagos que en rubor teñian tu frente,
Por Dios y por la Vírgen me pedias
Que fin pusiera á las caricias mias.

Inmensa mi pasion era y vehemente;
Tú hermosa como el Dios al que invocabas;
Dentro del corazon, cual lava hirviente.
Rugian las olas de mi sangre bravas;
Pero escuché tu voz dulce y doliente,
Temí verte morir, ví que llorabas,
Y mi dicha y tu mano abandonando,
A tus plantas caí, piedad clamando.

Y no fuiste cruel; divino asiento
Hallé en tu falda, y en tu seno hermoso
Mi frente halló tras reluchar violento,
Por un instante celestial reposo.
Embriagado de amor, bebí en tu aliento
Otro filtro mejor, más poderoso,

Y á mi pecho llevó la paz, la calma,
El soplo dulce de tu pura alma.

Tú que amarme por siempre me ofrecias;
Tú que adorarme siempre me jurabas;
Tú que la puerta á mi pasion abrias;
Tú que á tu mismo pecho me acercabas;
Tú, con trémulo lábio me pedias
Que olvidase lo propio que anhelabas;
Y yo, á tu acento, á tu virtud rendido,
Juré mi loco amor dar al olvido.

Y de tí me aparté. Por luengos años
Te ví correr del mundo los senderos,
Siendo el iman de propios y de estraños,
Como en los tiempos de mi edad primeros.
Luego, dolores, penas, desengaños
En tí á cebarse se juntaron fieros.....
Y nunca mas te hablé; mas la memoria
Del cielo que entreví, siempre es mi gloria.

EL TUTE.

EPÍGRAMA.

Un tute quiso jugar
Juana conmigo, y maestra,
Barajó, tiró la muestra
Y oros sacó por azar.
Por oro chico á triunfar
Comencé, y la buena alhaja
Dijo: — Con carta tan baja
De vencerme no hagas cuenta.....
Mas la acusé las cuarenta,
Y se metió en la baraja.

LOS GUSTOS ENCONTRADOS.

I.

Parece de Dios crueldad,
Ó por sus muchos pecados,
Castigo á la humanidad,
Que en sus gustos los casados
No encuentren conformidad.
Pero si bien se examina,
Prueba es de bondad divina
Que en sus gustos ó placeres,
Ó en cualquiera otra ocasion,
Distinta sea la opinion
De hombres y de mujeres.

II.

Malo es que al frio resista
Uno con cuerpo de bronce,

Y al salir del Sol asista;
Y que otro duerma y se vista
Despues de sonar las once.
Pero á los dos peor les fuera
Pensando de igual manera;
Qué el resultado sería
De opinion tan concertada,
Ó el sacar una pollada,
Ó el morir de pulmonía.

III.

Si á mujer casada gusta
El sermon y el jubileo;
Y esto á su marido asusta,
Que solo á bailar se ajusta,
Y al teatro y al paseo;
Felices los dos serán,
Si, por complacerse, van
A menos rezo ó jolgorio;
Sin este justo equilibrio,
Del mundo fueran ludibrio,
Ó ánimas del Purgatorio.

IV.

Que uno gaste mucho, es malo;
Y que otro no gaste, es nécio,

Si tiene para el regalo;
Que el ruin merece desprecio,
Y el hombre pródigo, palo.
    Por esto cuando uno tira,
    Otro á guardar solo mira.
Y teniendo igual pasion,
Al matrimonio se viera,
Que á veces de hambre muriera,
Y á veces de indigestion.

V.

Se encuentra un marido blando
A dura mujer unido,
Y que ésta le usurpa el mando;
Y hay mujer que á su marido
Solo se acerca temblando.
    ¿Qué en este caso sucede?
    Que uno empuja y otro cede.
Tuvieran igual poder,
Si nó la blandura misma,
Y, ó se rompieran la crisma,
Ó no sabrían qué hacer.

VI.

Aquel que con furia ciega
Corre, al fin se precipita;

Y este que á correr se niega,
Cuando correr necesita,
Llega tarde ó nunca llega.
Así por distinto lado
Se viene á igual resultado;
Y fué de Dios pensamiento,
Que hallará justo el mas romo,
Que á las mujeres de plomo
Se unan los hombres de viento.

VII.

Uno de los grandes dones
De Dios, que á la vista salta,
Es que, en todas ocasiones,
Hallen hembras y varones,
Junto á sí, lo que les falta,
De esta suerte cada cual
Sus faltas vé en el cristal
De otros seres más perfectos;
Y vémos, en los que amamos,
Ejemplos con que logramos
Enmendar nuestros defectos.

———

EL BESO AL LORO.

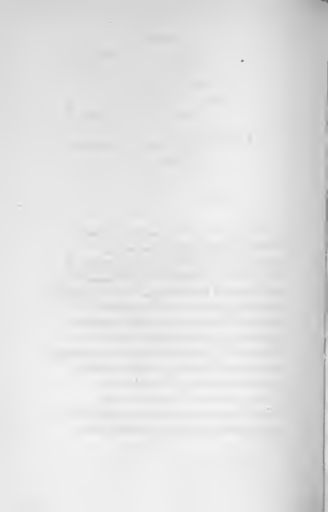
Anchon (1), si yo Loro fuera
Y en el pico me besara
Esa tu boca hechicera,
Sangre en la boca te hiciera,
Sangre que en mi pecho entrára;
Sangre que á mi alma fria
Prestara nuevo calor;
Que hidrópico bebería;
Que á revelarme vendría
Los secretos de tu amor.
Por ella sabría si amas
Con celestial embeleso;
Si con un beso te inflamas,

(1) Diminutivo de Encarnacion.

Ó si apagas con un beso
De tu corazon las llamas.
  Que si hay duros corazones
Que de insensibles presumen
Y dominan sus pasiones,
Hay otros que cual carbones
En silencio se consumen.
  Y de tu sangre sospecho
Que ha de revelar, traidora,
Si humo de tu fuego has hecho;
Ó volcan que arde en tu pecho
Con fuerza devoradora.
  Pero no temas, Anchon,
Que aunque Loro me volviera,
Te hiriese sin compasion,
Que, al herirte, nido hiciera,
De tu boca, el corazon.
  Y es tanta mi pasion loca,
Tanto me roba la calma
Cuanto ese tu labio toca,
Que por picar en tu boca
Te diera, Anchon, toda el alma.

LA ESTRELLA DE TUS OJOS.

El negro mar de las pasiones, yerto,
Mi triste corazon surcaba errante,
Cuando una estrella á derramar brillante
Vino su luz sobre mi rumbo incierto.
De hallar el bien con que soñó ya cierto,
Bogó mi corazon con fé constante,
Creyendo hallar en tu mirada amante,
Faro de salvacion, seguro puerto.
Mas ¡ay! que en breve, para mí perdida
De tus ojos la luz, ví, en tus enojos,
Náufrago al corazon, corta la vida;
Y por salvar sus míseros despojos,
Busca el alma otra vez, de muerte herida,
La hermosa estrella de tus negros ojos.



PIENSA EN MÍ.....

Morena del alma mia,
Si, entre dulces ilusiones,
Alguna vez mis canciones,
Ocupan tu fantasía,
Ó tus lábios de rubí.....
¡Piensa en mí!
Señora del alma mia,
¡Piensa en mí!

Si en la noche silenciosa,
Exento el pecho de enojos,
Fijas tus hermosos ojos
En la imágen misteriosa

Del hombre que piensa en tí;
Piensa en mí.
Del alma señora hermosa,
¡Piensa en mí!

Si al rayar la nueva aurora,
Por las brisas sacudida,
Vuelves, morena, á la vida,
Y das vida á quien te adora
Con vehemente frenesí;
Piensa en mí.
Del alma dulce señora,
¡Piensa en mí!

Si te niega sus favores,
Morena, la suerte impía,
Piensa que en Andalucía
Te guardo un trono de flores.
¿Le aceptas, mi vida? ¿Sí?
Piensa en mí.
Señora de mis amores,
¡Piensa en mí!

Piensa en mí. Piensa y tu acento,
De angelical melodía,
Hará dulce mi agonía,
Si tu último pensamiento
Es, morena, para mí.
Solo así,
Flora, moriré contento,
¡Piensa en mí!

———



DE NECESIDAD VIRTUD.

Porque ponga su desvelo
En taparse la garganta,
¿Tendremos á Inés por santa?
¿No puede ser que el pañuelo,
Con que tapa
Su garganta ruborosa,
De algun costuron sea capa,
Si no oculta que es sarnosa?
Pues ¡vive Dios! que contrista
Que á la mujer que resista
Darse á luz por asquerosa,
La apellide un moralista,
Por su pudor, virtuosa.

Que teniendo en duro acero
Templada el alma Leonor,
Trate á su amante mejor
Con el desden mas severo,
No desmiente
Mi doctrina, ni asegura
Que tenga el alma inocente,
Sino que la tiene dura.
Y es, por Dios, risible cosa
Que á la mujer desdeñosa,
Porque nada la contrista,
La apellide un moralista,
Por su crueldad, virtuosa.

Amante, y rica, y dichosa;
No es raro, por lo que pierde;
Que ántes de pecar, se acuerde
Beatriz de su fé de esposa.
Aunque apuesto
Mire un galan á sus pies,
Porque al fin, ¿no será aquesto
Más que virtud, interés?
Pues, por Dios, que me contrista,
Que á la mujer egoista,
Que perder su bien no osa,

La apellide un moralista,
Por su desden, virtuosa.

Hay virtud que es sangre fria,
Virtud que faltas oculta,
Y virtud que al fin resulta
Interés ó hipocresía,
Y aunque creo
Que hay tambien virtud sincera,
Yo me atengo á lo que veo;
Temo á la virtud más fiera,
Y dejo á los moralistas
Llamar, trocando las cosas,
Á las secas, pudorosas;
Fieles, á las egoistas;
Y á las fieras, virtuosas.



LA HIJA OBEDIENTE.

EPÍGRAMA.

A su engendro una mujer
Gritaba con voz resuelta:
¡No me has de andar, niña, suelta!
Y ésta juró obedecer.
Llególa la madre á ver,
Luego, á un galan arrimada,
Y fué su furia estremada;
Mas la niña respondía:
—Suelta usted no me quería.
Pues ya me tiene agarrada.



DECLARACION.

Te ví, morena, y te amé
Desde el punto en que te ví;
Dime *amen* si te gusté,
Y si nó gustas de mí,
Figúrate que no hablé.

No gasto en balde saliva;
Cuando una moza me priva,
Bajo por ella al abismo;
Pero si es conmigo esquiva,
Me dá, morena, lo mismo.

Vaya y venga, tomo y doy;
Este es mi libro y mi arte:
¿Me adoras? Tu esclavo soy;
¿No me quieres? Pues me voy
Con la música á otra parte.

El tiempo que el hombre emplea
En conquistar á un portento,
Que tonto es fácil que sea,
Basta para que se vea
Correspondido de ciento.

Que si hay corazon severo
Que á un hombre dice «jamás»,
Hay mil que á un embite fiero
Contestan de golpe: «quiero
Lo que se envida, y diez más.»

Y de estos son los que yo
Busco en el mundo y me pago,
Que siempre más me agradó,
Dicho, con salero, un nó,
Que, sin calor, un halago.

Conque vamos al avío;
Me haces gracia, y dí por Dios
Si te doy calor ó frio;
Y si ha de haber tuyo ó mio
En lo que sea de los dos.

Es decir, niña bonita,
Que mi pecho necesita
Saber de tu boca pura,
Si puede poner el cura
Remedio al mal que me agita.

Y porque no haya contiendas,
Cuando la enmienda sea tarde,
Y á tu pretendiente entiendas,
No he de callar, por cobarde,
Del alma y cuerpo mis prendas.

Tengo violentas pasiones,
Que apagando van los años;
Perdidas las ilusiones,
Y de hembras y de varones
Mil amargos desengaños.

Y sabe, porque un barranco
No encuentres en mi individuo,
Que tengo el brazo no manco,
De salud buena un resíduo,
Y algo de alegre y de franco.

Conque si al alma primero
Atiendes, y al cuerpo olvidas,
Verte satisfecha espero;
Que en mí tendrás cuanto pidas,
Como no pidas dinero.

Este soy yo en dos palabras,
Por dentro y fuera mirado;
Amame y mi dicha labras;
Que si nó, con que me abras
Tu pecho, es cuento acabado.

Que aunque enamorado estoy
De tu cara y tu salero,
De tan buena pasta soy,
Que si me dices: no quiero,
Te doy gracias, y me voy.

PASION Y EGOISMO.

De tu esclusiva posesion sediento,
Y avaro aun de la accion de tus sentidos,
Para verme y oirme, los oidos
Y los ojos, no más, que abras consiento.
Si quieres respirar, toma mi aliento;
Para llorar te bastan mis gemidos;
Y de mi corazon, por los latidos,
Has de medir del tuyo el sentimiento.
Mia tienes que ser, tan solo mia:
En la vida, en la muerte, en guerra, en calma,
En alta noche y en mitad del dia;
Que si en la fosa el cielo nos derrumba,
A tu Dios entregar puedes el alma,
Que yo tu cuerpo guardaré en mi tumba.



LA PARTE Y EL TODO.

EPÍGRAMA.

Es tu cara, Ignacia, fea,
Y es la de Inés un portento,
Y ésta tiene amantes ciento,
Y en tí mi amor solo ondea.
¿Temes que mudable sea
Yo contigo, porque escita
Ella, y tu fealdad irrita?
Pues descansa: yo prefiero,
De una fea el cuerpo entero,
A media mujer bonita.



GENEALOGÍA DEL MIRIÑAQUE.

Leyendo en los cronicones,
Se encuentra que la mujer
Siempre rabió por poner
Á su persona adiciones.
Tontos, tontillos, tontones,
Fueron sucesivamente
Aumentando el espediente,
Del que eran las faldas hojas,
Puestas, de vergüenza rojas,
En lugar poco decente.

Deslices, sustos y penas
Trajeron mas adelante,
El salvador guarda-infante,

Ahuecado con ballenas.
Mas confundidas las buenas
Así con las torpes damas,
Presto dieron á las llamas
Al guarda-infante, queriendo
Ir menos carnes mintiendo,
Pero con más limpias famas.

Llegaron ¡ay Dios! no obstante,
La angosta falda y el plomo,
Y cada mujer su tomo
Tuvo que dar vergonzante.
Preciso fué en el instante
Poner pasta á la edicion,
Y mas relieve al carton,
Antes que de los varones
Se fueran las ilusiones.....
Y se inventó el polison.

Pero aconteció mil veces
Que el polison se caia,
Y que su dueña bebia
Del cáliz hasta las heces.
Ventaja ofrecian, con creces,

Al polison, las plegadas
Faldas, de almidon cargadas;
Y tan buenas las hallaron,
Que las niñas adoptaron
Las faldas almidonadas.

Pero éstas tambien tenian
Grave una falta, entre ciento,
Y era, que si de su asiento
Las muchachas se movian,
Como á todas las veian
Echar la mano á la espalda,
Y á un tiempo ahuecar la falda,
Que aplastaba su persona;
La mejor parecía mona
Á quien pica, ó que se escalda.

Y para evitar el jaque
De veinte faldas, y el peso,
Al plomo, almidon y yeso
Sustituyó el miriñaque.
Éste, á un tiempo arma de ataque
Y de defensa, ha vivido,
Dando por carne vestido,

Tapando mas de una maula,
Y encerrando en una jaula.....
Lo que dar debo al olvido.

La Providencia dispuso
Que hoy del miriñaque quede,
Solo un recuerdo que hiede
Y el sitio donde se puso.
Hoy para suplirlo es uso
Llevar nuevos polisones,
Cubiertos de pabellones,
Que dicen con su ruido;
—«Se espera á un dueño querido,
Y se cuelgan los balcones.»

LA LENGUA DEL ALMA.

Amar debo y callar: la activa llama
Que en mi pecho encendiste de repente,
Convertida en volcan, cual lava ardiente,
Por toda mi existencia se derrama.
Ser tu dueño ó morir mi bien reclama:
Ser tu dueño y morir mi amor consiente;
Mas nó que el mundo á tu decoro atente:
¡Muera mi amor y sálvese tu fama!
Inmensa es mi pasion; pero tu mengua
No he de causar, ni producirte enojos;
Primero que por mí pierdas la calma
Yo me sabré comer mi propia lengua:
La lengua sobra donde existen ojos,
Para decir lo que te adora el alma.



GENEROSIDAD.

EPÍGRAMA.

Porque pude á Inés prestar
Un favor, sacó la pobre
Un bolson con plata y cobre,
Y de él me invitó á tomar;
Pero yo queriendo dar
De generoso señales,
Dije, echando los dedales:
—Mis gustos quedarán hartos,
Si me deja usted los cuartos,
Y á otro entrega los reales.



LA TERTULIA DE DOÑA CÁRMEN.

EPÍSTOLA.

Pues que anhelas saber, mi caro amigo,
En qué las noches de mi vida paso,
Y, aun lejos, ser de mi existir testigo;
Te lo voy á contar, paso por paso,
Porque, alarmada, tu amistad no crea
El horrible rumor de que me caso.
Tengo una amiga, ó novia, ó lo que sea,
Que siempre anduve con honestos fines,
Ni muy hermosa, ni tampoco fea;
Que me zurce los viejos calcetines,
Que vá á saber de mí cuando estoy malo,
Y me compra ¡taimada! diabolines;
Y á la que yo, mirando á su regalo,

Tambien suelo obsequiar con pan y queso,
Y dar alguna vez, si chilla, un palo.
Dirásme, que te alarmas más con eso,
Y que el raton mas listo, en casos tales,
Dentro del queso suele quedar preso;
Pero te habré de dar tantas señales
De lo flojas que están mis ligaduras,
Que juzgues mis bocados veniales;
Y que sean cual sean las cerraduras
De la trampa, comprendas de contado,
Que he de escapar sin que me ayuden curas.
Vive mi dulce dueño, idolatrado,
En media casa baja, pobre y fria,
De una tia de Luzbel siempre al cuidado;
Y tiene este demonio la manía,
Que tales como son ella y su casa,
Por la noche han de hacerla compañía.
Mas antes que á pintarte me dé traza
Lo que son la tertulia y convidados,
Debo decirte en donde el paso pasa:
Cuatro muros, de cal embadurnados,
Forman una salita con ventana,
De poco más de veinte pies cuadrados.
No hay alfombras allí, mas se engalana
Con una estera el piso, en cuyo centro
Arde un brasero, aunque con poca gana.
Cubriendo el fuego, y de la estera dentro,
Hay, cuadrada y cubierta, una camilla,

En que con otros al reedor me encuentro,
Muy junta de uno á otro la rodilla,
Y de todos cubiertas las dos manos
Bajo el tapete, que pringoso brilla.
Para alumbrar á Tirios y á Troyanos,
Nunca hay mas que un velon con dos mecheros
Rodeados de sal por ser más sanos.
Entre damas tendrás y caballeros
Ocho ó diez, cuando más, que más no caben
Debajo del tapete y los tableros.
Y ya las dueñas de la casa saben,
Que, sin la mesa, no hallarian visitas,
Que asistiendo á sus fiestas, las alaben.
Se juntan pues allí tres señoritas,
Que cada cual merece punto aparte,
Y lo haré en su loor si no te irritas.
Mercedes, la primera que por arte
Del demonio á la pluma se me viene,
Es sobrina de un cura, y la que parte,
Cuanto de Dios y de su deudo obtiene.
Entre dos contertulios, de manera
Que nada suyo Merceditas tiene.
La segunda es Belen, la costurera;
Vecina de la casa y sin parientes,
Pasa el dia entre la aguja y la tijera;
Y por la noche á juegos inocentes
Se entrega, en nuestra honesta compañía,
Enseñando á un bribon garras y dientes;

Y es la tercera la adorada mia,
De quien, pues viene á cuento, he de ofrecerte
Completa y clara y fiel fotografía.
Ser tonta á mi Asuncion tocó por suerte;
Pero es ¡divino Dios! tambien celosa,
De veinte abriles y de genio fuerte;
Aunque en estremo tierna y cariñosa,
Más que en algunas veces lo querria,
Pues humos gasta de futura esposa.
Pero sin esto la mejor sería,
Si á disputarle el puesto no saliera
Antes que todas, su señora tia.
Pues con esta y aquella compañera,
Y las de más allá, las noches paso
Con otros cuatro mozos de mi esfera;
Estudiantes que comen por acaso,
Diáfanos en carnes y en vestido,
Que aman de golpe y piden de porrazo.
Tú, como yo, con ellos has vivido:
Pedro y Roque, los dos primos hermanos,
Que juntos en Sevilla han parecido;
Que juntos viven; que cual dos alanos
De Mercedes se cuelgan á la oreja,
Y á duo se comen al besar las manos.
Nunca el uno del otro tiene queja,
Sino cuando Mercedes no regala
Al uno, lo que el otro libre deja.
¡Y ella no los envia en hora mala!

A los primos se junta Juan Limones,
Que hace de voz y de su gusto gala;
Mas que á pesar de trinos y pulmones
No ha conseguido que Belen, la arisca,
Haga caso á su amor ni á sus canciones.
Hace el cuarto papel, y su odalisca
Ha encontrado en la tia, aquel Gil Peña
Que de los ojos y del alma vizca,
Y que, á fuer de patriota, en ser se empeña
Sábio ilustre y doctor de grande fama,
Andando con los libros á la greña.
Bribon tras de bribon, dama tras dama,
Antes de dar las siete todos entran,
Y ocupan su lugar bajo la cama
Que cubre el fuego, y en la cual se encuentran
Manos y piés de damas y varones,
Mientras los ojos su esternon penetran.
Al empezar, hay mil conversaciones
De la faccion (1), del tiempo y de las modas;
Seguidas de otras mil murmuraciones,
En que todas, á un tiempo, hablan de todas,
Quitándose el pellejo santamente,
Y viniendo á parar siempre en las bodas,
Sigue el juego á la charla, y es frecuente
Que, en el *burro* y el *tonto* entretenido,

---

(1) Las veladas de doña Cármen tenian lugar en 1838 en lo mas fuerte y empeñado de la guerra civil.

Ninguno el tiempo que se pasa cuente.
  De vez en cuando dicen al oido
De Mercedes, por uno y otro lado,
Pedro y Roque que pierden el sentido;
  Y ella, que nunca á nadie ha desdeñado,
Dá un apreton de mano al un amigo,
Y al otro un pisoton desaforado.
  Juan Limones tambien, de esto testigo
Y envidioso, á Belen por bajo inquieta,
Y Belen, que desprecia al enemigo
  Que su rigor ni su virtud respeta,
Sin que la causa la reunion conozca,
Dá al infeliz galan con la paleta.
  Como aun suele Belen quedarse hosca
Despues del paletazo, Juan agarra
La guitarra y, cantando, hace la rosca
  Al duro dueño que al ronzal le amarra;
Y ya canta la *Atala* ó la *Corina*,
Ó el *Sueño* ó el *Trovador* á la guitarra;
  Y en tanto doña Cármen reza ó trina
Contra el cantor, porque leer no deja
De la faccion la horrible degollina,
  Que lee y comenta con calor la vieja;
Llegando á veces con la voz al grito,
Si al carlista el cristino en paz le deja.
  Mas lanza Juan su estremo gorgorito;
Acaban de leer su último parte
Doña Cármen y Gil; resuena el pito

Del Sereno, y es fuerza ya largarte;
Pero aun queda la cosa mas amena
Para bien del estómago y del arte.
A la mesa comun sale la cena,
Que cada una de ellas trae escondida
Sobre sí; pero siempre en buena parte.
Y saca mi Asuncion vaca cocida,
Que pudo secuestrar, con este intento,
Por la tarde á su ética comida;
Doña Cármen presenta algun pimiento
Curtido con vinagre; Belén bella
Coje y saca, de bajo de su asiento,
De vino moscatel una botella;
Y completan la cena seis bizcochos
De la obsequiada y clerical doncella.
La cena y el amor nos ponen chochos,
Y borrachos de amor, mas que de vino,
Salimos á la calle haciendo ochos.
Y emprende Merceditas su camino,
En medio de las dos buenas criaturas
Que reparten su bolsa y su destino.
Y Belén se encarama á sus alturas;
Y yo en la reja á mi Asuncion espero,
Cuando la calle está sola y á oscuras.
Que es inútil contarte considero
Lo que los dos tratamos por la noche.
¿Mas temes que me case? No lo espero;
Ya que el diablo me lleve, será en coche.



LA CAZA DEL ZORRO.

UN AMIGO (en el teatro).

—¿No vé usted, Don Gil, aquella
Niña, de aspecto inocente,
Que en usted fija su lente?
Rica, noble, pura y bella,
Cuando por todo atropella,
Ella, de virtud dechado,
Mucho usted la habrá flechado,
Porque es muy grande su yerro.....
Quien habla así suelta el perro
Al pobre zorro encamado.

LA MAMÁ (en un baile).

—Señor Don Gil, mi marido
Por Inés tanto amor siente,

Que amigos no nos consiente
De un mérito conocido.
Usted, que sería un partido
Para Inés de los mejores,
Debe para sus amores
Aguardar mas embarazo.....
Esto es preparar el lazo,
Mas tapándolo con flores.....

LA NIÑA (en el paseo).

—Si con fin honesto vá,
No me tienda usted la red:
Yo no he de querer á usted
Sin licencia de mamá,
¡Hágase, Don Gil, allá!
Por mas que su amor me hiere,
Nunca, Don Gil, de mí espere
Que olvide lo que me debo.....
Esta virtud es el cebo
En que muerde el zorro y muere.

LA DONCELLA (en la ventana).

—Sensible á su amante queja,
Y fiel al pan que he comido,
Á hablar á usted me decido,
Solo una vez por la reja.

Mas mi lealtad me aconseja,
Que me atreva á recordarle:
Que la madre ha de ampararle,
Y á ceder el padre empieza.....
Así al zorro se endereza
Hácia el lazo que ha de ahogarle.

EL PAPÁ (en su despacho).

—Don Gil, su amante interés
Me honra y sirve de consuelo;
Pero es de hijas modelo,
Y dar me duele á mi Inés.
Luego..... mas tarde..... despues.....
No niego..... tan solo aplazo.....
Otórgueme usted un plazo
Para que al dolor dé sueltas.....
Con esto el zorro dá vueltas
Y se ajusta al cuello el lazo.

EL ZORRO (al volver de la iglesia).

—Amigo á quien idolatro:
Me acaba el cielo de hacer
Dueño de aquella mujer
Que me enseñó en el teatro.

Yo, que dejé á mas de cuatro,
A esta he buscado y querido,
Porque siempre de mí ha huido,
Porque me negó un abrazo.....
Y el zorro así, besa el lazo
Y la trampa en que ha caido.

———

LA AMAPOLA.

Rojo, cual la amapola que en el prado
Entre otras flores olvidada existe,
Y que el purpúreo manto que reviste
Lleva de negras manchas salpicado,
Tu rostro, por las penas sombreado,
Si escita ardiente, desanima triste;
Y si el color de la amapola viste,
Su destino tambien llora olvidado.
De ella y de tí parece que es la suerte,
Brillar un punto y deshojaros luego:
Mas ¿quieres tú evitar olvido y muerte?
Deposita en el alma, que te entrego,
La esencia pura que tu cáliz vierte,
Y te hará renacer de mi alma el fuego.



LA FLOR DEL PENSAMIENTO.

Un pensamiento brotó,
En tus lábios de rubí;
Con mis lábios le cogí
Y albergue en mi pecho halló.
Fruto en mis entrañas dió;
De él nació este sentimiento
Vehemente que por tí siento.....
¿Podrás rechazar mi amor,
Señora, si es una flor
De tu mismo pensamiento?



EL DECALOGO.

Hermosísima beata,
Que á tientas las coge y mata,
Y que, al mirar de soslayo,
En cada mirada un rayo
De tus ojos se desata;

Que pareces tan sencilla,
De tan tierno y dulce trato,
Que se tiene á maravilla
Que puedas romper un plato....
Y acabas con la vajilla;

Si entra en tus santos intentos,
Y piadosos pensamientos,
No dar tu amor, ni tu mano,

Sino á todo un fiel cristiano,
Que guarde los mandamientos;

Yo, el pecador mas indigno
De tu amoroso catálogo,
Á tu fallo me resigno,
Y de tu amor me creo digno
Por cumplir con el decálogo.

A Dios sobre todo amar
Desde la infancia aprendí;
Y es su precepto acatar,
Si á un Dios tengo que adorar,
Que á ese Dios yo adore en tí.

«No harás vano un juramento,»
Dice el Señor al cristiano;
Y yo, á su mandato atento,
Jurando á cada momento
Quererte, no juro en vano.

Yo siempre he santificado
Fiestas, en que á Dios distingo,
Y el domingo he celebrado;
Aunque me hayan agradado
Tus fiestas más que el domingo.

Honra á mis padres doy yo;

Pero, en mediando tu enagua,
Honra tambien me debió
El padre que te engendró,
Y el cura que te echó el agua.

Y ¿cómo á nadie dar muerte
Podré, ni causar enojos,
Si yo mismo, ¡triste suerte!
Por muerto me tengo, al verte
Fijando en otro los ojos?

No temas que yo quebrante
Del corazon la pureza;
En teniéndote delante,
No hay mas peligro constante
Que el poder de tu belleza.

Si diez años de perdon
Logra el que roba al ladron,
Téngome por perdonado,
Pues tus ojos me han robado
El alma y el corazon.

Testimonios no consiento
Falsos, ni en mi vida miento;
Por esto digo que te amo,
Y lo mas bello te aclamo
Que concibe el pensamiento,

Y ya puede haber mujeres
Que, en este piélago inmundo,
Me brinden con sus placeres;
Para mi cariño eres
La sola mujer del mundo.

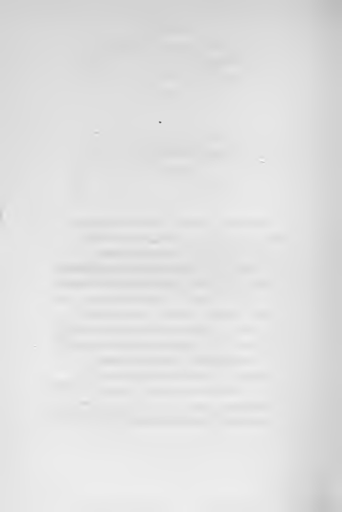
Y en fin: de avaricia lleno
Obre el hombre como un niño,
Y codicie el bien ageno;
Por nada en el mundo peno,
Si me guardas tu cariño.

Conque, divina beata,
Que á tientas las coje y mata;
Si guardas tu amor y mano
Para todo un fiel cristiano
Que solo en salvarse trata,

Yo el amante mas indigno,
Que figura en tu catálogo,
Aquí mi virtud consigno,
Y de tu amor me creo digno,
Por cumplir con el decálogo.

UN BESO.

Hunde el Sol en el líquido desierto
De los mares su espléndida aureola,
Y el lejano horizonte se arrebola,
De franjas de oro y de crespon cubierto.
Del ancho mar por el camino abierto,
Una lancha hácia el puerto avanza sola,
Y del viento á pesar, y de la ola,
Entrar consigue en el tranquilo puerto.
Una mujer y un hombre saltan de ella,
Á separarse van, y un beso largo,
Humedo y hondo sus amores sella;
Y los ángeles mismos, que no obtienen
Tan dulce bien, el suyo creen amargo,
Y envidia á la mujer y al hombre tienen.



BELLEZAS OCULTAS.

1.

Dicen que toda mujer,
Ya sea niña ó ya sea adulta,
Una perfeccion oculta,
Ó pública, ha de tener;
Viniendo por varios modos
Toda mujer, bella ó fea,
Á que codiciada sea
De alguno, si no de todos.
Mas fué prevision piadosa
De un Dios sábio, que no hubiese
Vieja ó niña que tuviese
Sobre el zancajo una rosa;
Porque entonces ¡malos ratos
Pasarian las señoras,

Mostrándose á todas horas,
Sin medias y sin zapatos!

II.

Siente un galan vivo amor
Y á ver á su bella pasa.
—¿Está la señora en casa?
—Sí, pero está al tocador.
Vuelve á buscar los hechizos
De la hermosa, que es su centro,
Y oirá gritar desde adentro:
—Me estoy peinando los rizos.
Persiste en ver á su amada,
Y al fin por todo atropella,
—Por castigo, (esclama ella)
Me encuentra usted despeinada.
¿Y esto le dá desconsuelo?
Imbécil es cuando ignora
Que así dice la que adora:
—¡Mire usted qué hermoso pelo!

III.

Observad con qué prurito,
Jóven, que en los veinte frisa,
Ya sus cabellos alisa,
Ya acaricia á su gatito.

Y cómo su mano blanca
Por el teclado pasea,
Y en santa paz manotea,
Y si la tocan no es manca.
¿Podreis de esto deducir
Que tiene amor á su gato,
Ó con furioso arrebato
Gana de pegar ó herir?
No, que ese génio tirano,
De esa mano los rigores,
Dicen á sus amadores:
—¡Mirad qué hermosa es mi mano!

IV.

¿Por qué á pié á salir se atreve
Noble, rica, apuesta dama,
Cuando el cierzo airado brama,
Cuando nieva, y cuando llueve?
¿Por qué haciendo una virtud
De lo que capricho fué,
Jura que siempre va á pié
Por motivos de salud;
Y declama con corage
Contra el sucio municipio,
Que deja en la calle el ripio
Que la obliga á alzar el trage?
¿Qué dice cuando al alzarlo

Suelta contra el polvo el grito?
—Que tiene el pié muy bonito
Y que le gusta enseñarlo.

V.

¿Elogia una amiga tierna
El pié y pierna de otra amiga?
Pues acertará quien diga:
—¡Esa tiene hermosa pierna!
¿Hay dama que aplaude el gusto
Con que otra lleva el escote?
Pues forzoso es que se note
Que ella tiene hermoso busto.
Y, pues, que en niñas y adultas,
Forzosamente ha de haber,
En toda y cada mujer,
Bellezas claras ú ocultas,
Yo, los varios pareceres
Confundiendo en un sentir,
Me contento con decir:
¡Qué hermosas son las mujeres!

UN METEORO.

Celeste exhalacion, rápida estrella
Que al cruzar el azul del firmamento,
Apenas deja en la region del viento
De su paso fugaz brillante huella;
Eso fué nuestro amor, señora bella;
Rápida estrella, que brilló un momento.....
Mas no tan breve que en el alma aun siento
Arder la llama que prendiste en ella.
Aun arde, sí, y en deliciosa calma,
Siempre que el alma de amorosa gloria
Ceñirse quiera la arrogante palma,
Á rasgar las tinieblas del pasado,
Vendrá la luz con que inundó mi alma
Tu misterioso amor, nunca olvidado.



LA PESCA DE MARIDOS.

¡Edad feliz, venturosa,
Aquella en que el hombre cree
De una mujer en la fé.
Ya sea soltera ó ya esposa!
Edad mil veces dichosa,
¿Por qué para mí has huido?
Triste es haber conocido
Que al casarse la mujer,
Si algo piensa es en coger,
Antes que todo, un marido.

¡Un marido! Adquisicion
Es esta que á las mujeres,

Mas que todos los placeres,
Satisface su ambicion.
Para el lance buenos son
Cuantos hombres han nacido;
Que el novio sea un buen partido
Es á lo que todas van.....
Despues..... los años dirán;
El caso es pescar marido.

Desde Cádiz hasta el Ponto,
Vieja ó niña, linda ó fea,
La mujer busca y desea
Que muerda el anzuelo un tonto;
Casarse, y casarse pronto,
Ese es su afan conocido;
Y luego, que el pez cogido
Sea incomible..... es lo de menos:
¿Son hombres? Pues ya son buenos.
El caso es pescar marido

Quien sostenga el esplendor
De su mujer con mas fausto,
Aunque de mérito exhausto,
Será el marido mejor.

Si el futuro es jugador.....
—Se enmendará. Si un perdido.....
—Poca su fortuna ha sido.
Si es feo, si es pobre....—Corriente:
¿Quién pára en eso la mente?
El caso es pescar marido.

Que una niña pille y tenga,
Dentro de su casa, un hombre,
Que la dé fortuna y nombre,
Y la mime y la mantenga;
En habiendo quien sostenga
La casa, el coche, el vestido,
Divina la suerte ha sido.....
Para esos y otros empeños
Buscan las mujeres dueños:
El caso es pescar marido.

Mujer habrá á quien asombre
Que un cero la juzguen; pero
Por diez veces vale el cero
Tras su unidad, que es el hombre.
Cambie de estado y de nombre
La mujer que no ha tenido

Nunca un valor conocido,
Y aumentará, en el momento,
Su valor ciento por ciento.....
El caso es pescar marido.

Y en la iglesia, y en paseo,
Por mañana, tarde y noche,
Á caballo, á pié ó en coche,
Ya en la iglesia ó ya en recreo,
Siempre á las mujeres veo
Llevar, del brazo prendido,
Al infeliz que han cogido
En sus redes prisionero,
Y enseñarle al mundo entero,
Gritando: ¡Pesqué un marido!

AUSENCIA.

¡Pobre del ruiseñor aprisionado
Por fieros cazadores!
De su nido apartado,
Ni canta alborozado,
Ni se columpia alegre entre las flores.

¡Cuánta del ruiseñor la pena fiera
No será, cuando siente
La voz de su querida compañera,
Que le llama y le espera,
Agitando sus alas blandamente!

Entonces ¡ay! hasta su oido atento
Llega el dulce gemido
De su amada, traido por el viento;
Tristísimo lamento
Que vá á llamar al corazon dormido.

Y despierta, y se alegra, y se estremece,
Y tiembla y se alboroza,
Y canta y se entristece,
Y en los recuerdos de su amor se mece,
Y cantando y llorando sufre y goza.

Recuerda sus placeres inocentes,
Sus glorias, sus temores;
El murmullo percibe de las fuentes,
Y, en las claras corrientes,
Arrastradas cree ver las secas flores.

Recuerda de los bosques la tristeza
Sublime, inspiradora;
Sueña libre gozar tanta belleza;

Vuela, rompen los hierros su cabeza,
Y herido el ruiseñor, su engaño llora.

¿Qué resta al pobre pájaro encerrado
Y herido, de su gloria?
¿Qué, de su bien soñado?
Llanto al presente, envidia á lo pasado,
Y eternamente de su mal memoria.

. . . .

Yo tambien, ruiseñor, entre prisiones,
Oigo el dulce gemido
Que exhalas al volar á otras regiones;
Y al eco de tu voz, siempre querido,
Despiértanse en tropel mis ilusiones.

Y, en alas de mi ardiente fantasía,
Me trasporto á aquel dia,
De eterna dicha y de esperanzas lleno,
En que juraste ser tan solo mia,
Trémulo el lábio, palpitante el seno.

Y sobre el brazo siento
De tu brazo divino el peso blando,
Y los latidos de tu pecho cuento;
Y en un beso, otro beso, y veinte, y ciento,
El aroma á tus lábios voy robando.

Y sufro sensaciones tan estrañas,
De tus ojos al ver brotar el riego,
Que las lágrimas bebo en tus pestañas,
Para apagar el fuego
Que, con tu amor, devora mis entrañas.

Y la gloria de Dios misma desdeño,
Cuando á jurar de nuevo te provoco
Que he de ser de tu vida el solo dueño.....
Mas ¡ay! que todo fué, ¡Me vuelvo loco!
¡Sueño tu amor, tus juramentos sueño!

Yo tambien, ruiseñor, tras de la ingrata
Que adoro, volar quiero;
Ante el deber sucumbo que me ata,

Y en mis prisiones muero
Bendiciendo la mano que me mata,

Ruiseñor, más que yo, ¿quién tus dolores
Á comprender alcanza?
Yo, que de ausencia sufro los rigores,
Yo, que cual tú, muriendo estoy de amores
Yo, que amo á una mujer sin esperanza,

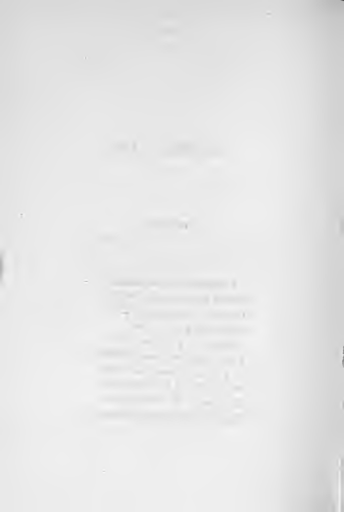
Solo puedo el tesoro
Apreciar de tu llanto;
Y al dirigirla un último ¡ te adoro!
Yo quiero que á mi canto, y á mi lloro,
Se junte ¡ oh ruiseñor! tu dulce canto.



LA MEDIA CASA.

EPÍGRAMA.

Quísome Inés arrendar
Media casa, á mi alvedrío;
Pero yo, temiendo al frio,
Preferí la alta ocupar.
—Sobre el piso disputar,
Dijo Inés, me causa grima.
Si á venirse usted se anima,
No daràle el frio trabajo,
Porque há de tener abajo
Tanto calor como encima.



CELOS.

¿Qué tengo en el alma, aquí,
Que á un tiempo amor y desvelos
Sufro, señora, por tí?
¿Serán por ventura celos?
¡Celos son, triste de mí!

¡Celos! ¿Y de quién? ¿Acaso
No es mio tu corazon?
Pues nada temo. ¡Ilusion!
Temo, sí, porque me abraso
Y los celos fuego son.

No basta á mi amor que riegues,
Sobre cuanto ves, enojos;
Quiero, señora, que ciegues,
Porque á mirar solo llegues
Con las niñas de mis ojos.

Quiero que el mundo te crea,
De aqueste piélago inmundo,
Pura y hermosa presea;
Y que te desprecie el mundo,
Y el mundo te llame fea.

Por ventura, tus enojos
A endulzar y tus agravios,
¿No vendrán luego, de hinojos,
Los nécios si tienen ojos;
Si tienen lengua, los sábios?

¿Qué puedes necesitar
De tu hermosura en loor,
Si en cada pecho has de hallar,

Para adorarte, un altar,
Que eleve el mundo á tu amor?

Tósigo mortal que alienta
Cuando al dar aliento mata,
Tu amor se me representa,
Pues al mismo tiempo aumenta
Mi vida, y me la arrebata.

Vida me dás cuando siento,
Sobre mi pecho violento,
Del tuyo la ondulacion;
Vida, si tu dulce aliento
Penetra en mi corazon.

¡Y aun de la muerte homicida
Miro el poder como inerte,
Si en tí mi pasion se anida;
Con tu amor cobraré vida
Hasta en brazos de la muerte!

Pero si en tus ojos leo
Un pensamiento, un deseo,
Que no se refiera á mí,
Tanto como amado fuí,
Que soy engañado creo.

Y temiendo entonces tanto
Ignorar, como entender,
Lo mortal de mi quebranto,
Si me espanta el no saber,
El saber me causa espanto!

Y amante tierna, te lloro;
Y amante infiel, te desprecio;
Y fiel ó infiel, te enamoro;
Y te aborrezco, y te adoro,
Loco y cuerdo, sábio y nécio.

Para quedar satisfecho,
En este delirio insano,
Quisiera tener derecho

A rasgar, con impía mano,
Los dobleces de tu pecho.

Y ver, con ansia letal,
Si entre sus pliegues ha habido
La huella de otro mortal,
Que un recuerdo merecido
Haya á tu alma celestial.

Y, en fin, poder sofocar
De tu pecho los latidos;
Tu lengua á mi lengua atar,
Y á otro amor que el mio, cerrar
Tus ojos y tus oidos.

Porque á mí solo me vieras,
Y á mí solo me escucharas,
Y solo á mí me quisieras,
Y al cielo conmigo fueras,
Ó al infierno te arrojaras.

Pues no me basta, que riegues,
En pago de amor, enojos;
Quiero, señora, que ciegues
Porque á mirar solo llegues
Con las niñas de mis ojos.

LA ESPOSICION UNIVERSAL.

Niña que hasta los talones
Las trenzas lleva en paseo,
Y en el teatro la veo
Siempre con tirabuzones,
Y pega, en sus desazones,
Contra el pelo, y se desgreña,
Y en no peinarse se empeña
Hasta que huye el sol del cielo,
Hace esposicion del pelo,
Y al comprador se lo enseña.

Jóven de apretado talle
Y prominente esternon,
Que en invierno sin manton
Rueda por montes y valle,
Y que al andar por la calle,
Corto y á compás pisando,
Parece que van flotando
De sus caderas las hormas,
Hace esposicion de formas,
Y las vende, paseando.

Doncella, de honesto trato,
Que atribuye á economía,
Que salga á la luz del dia
Algo mas que su zapato;
Y que en burro ó carromato,
Cuando el coche la hace falta,
Baja y sube, brinca y salta,
Sin miedo á miradas tiernas,
Hace esposicion de piernas
Ó de otra prenda mas alta.

Linda y naciente chiquilla,
Ó dama, ya en el ocaso,

Que se adorna el espinazo
Con *moiré*, cinta y trencilla;
Que lleva en la rabadilla
Un fardo en que se contiene,
Cuanto la moda previene,
Cuanto parece mas bello,
Hace esposicion de aquello
Que Dios le dió, ó que no tiene.

Noble y elegante dama
Que, aunque el pudor se alborote,
Lleva tan bajo el escote
Que á cerrar los ojos llama;
Que á su ilustre estirpe infama.
Cuando desnuda se queda,
Con tal que llamarse pueda,
Mujer de moda y de gusto,
Hace esposicion del busto,
Y se convierte en moneda.

Y la que tiene los ojos
Grandes, y en llorar se empeña;
Y quien los dientes enseña
Por lucir sus lábios rojos;

Y la que sufre sonrojos
Por mostrar lo mas vedado,
Cuando es bueno lo tapado;
Todas hacen, á su modo,
Franca esposicion de todo
Lo que el Señor las ha dado.

DULCE ESCLAVITUD.

Como pájaro á quien abierta deja
Niña gentil la jaula en que le mima,
Y en ménos vida y libertad estima
Que de su dueño merecer la queja;
Yo, al que la suerte al pájaro asemeja,
Tierno cantor, aunque entre hierros gima,
A estraños brazos y á estranjero clima,
Cantar prefiero en tu morisca reja.
¿Quieres que de ella al pié viva contento,
Que esclavo cante, y que la paz querida
Del corazon, la encuentre en tus cerrojos?
Pues dáme con tu lábio el alimento,
Y haz que el agua, que al pecho presta vida,
En lágrimas de amor beba en tus ojos.



LECCION DE PESCA.

Entre una gorda mamá
De retorcidos bigotes,
Y una niña dieziochena,
Curiosa al fin como jóven,
Pasó el siguiente diálogo
Segun cuentan los autores.

—Mamá, si observo en la calle
Que mis pasos sigue un hombre,
¿Qué debo hacer?

—Reparar
Luego en si es viejo ó si es jóven,
De buena ó mala presencia,
De facha opulenta ó pobre.

—¿Mas cómo podré....?

—Volviéndote
Como para oir mis voces;
Y con un: ¿qué manda usted?
Ni el mismo diablo conoce
Que te has vuelto á examinar
De tu pretendiente el porte.

—Mamá, y si á nuestra casa
Hay una distancia enorme,
Cuando al galan encontramos
Que á perseguirme se pone,
¿No es temible que se canse
De calles y de encontrones.
Y que se aleje, primero
Que llegue á ver mis balcones?

—Eso se evita, elevando
La voz, cuando cerca notes
Á tu galan, al que puedes
Mirar al soslayo entónces;
Y diciendo:—«No quisiera
Vivir cerca de San Roque,
(De San Pedro ó de San Pablo,
Segun donde fuese entonces),
Porque es la calle tan sola
Que únicamente á las doce

Se vé gente en las ventanas.»
Así el galan, que esto oye,
Sabrá la casa en que vives,
Y de tus padres el nombre,
Y la hora en que ha de verte,
Y el sitio donde te pones;
Y así al pretendiente dejas
Ir á donde le acomode,
Y despues de tus ventanas
Buscar el divino Norte.

—Supongo, mamá, que de esto
Nada haré, si veo que el hombre
Que me sigue es viejo, ó feo,
Ó tiene facha de pobre.

—Si por pobre le desprecias.
No habrá quien te lo reproche;
Mas si es por feo ó por viejo,
Eso es segun y conforme.
Un amante feo ó borrico,
Si al corazon no dá goces,
Proporcionarlos al cuerpo
Puede, si tiene doblones;
Y aun viejo ó tonto, ó ridículo,
La que de lista blasone,
Al primero que se acerca
No ha de tratar con rigores.

¿No has visto que el pescador
Siempre en el anzuelo pone,
Para pillar á los vivos,
De un pez podrido los bofes?
Pues un amante ridículo,
Paseando dia y noche,
Por delante de la puerta
Del iman de sus amores,
Es pez podrido que llama
Á otro pez con sus tacones,
Pues, al verle, el desbancarle
Todos que es fácil suponen.

—Mas suponga usted, mamá,
Que el que me sigue es un jóven
Simpático y bien vestido;
Que vá siempre adonde voy;
Que me busca en paseo, en misa,
En teatros y en salones;
Si por verme un solo instante
Sufre el infeliz sudores;
Cuando pase por la calle,
¿Salir debo á mis balcones?
¿Debo enardecer su alma
Con mil pequeños favores?

—Que á los hombres no has tratado,
Hija, muy bien se conoce;

En la mujer propia quieren
Virtud, mas que amor, los hombres.
Por esto, cuando enganchar
Para esposo te acomode
Al hombre, que de más fuerte
Ó de más listo blasone,
No has de provocar su afecto
Mostrando vivas pasiones,
Sino cosiendo, rezando
Ó haciendo en casa un jigote.
Si por la calle te sigue
Ni aun mirarle á él mismo oses;
Nunca te vuelvas con aire,
Ni al hablar te desentones.
Si á la iglesia vas, que vea
Tu pretendiente, que oyes
La misa con devocion;
Y es bueno al alzar que llores.
Si en baile te vé, procura
Llevar bien alto el escote,
Y de cuando en cuando estíralo,
Al pasar junto á los hombres.
Y en fin, si pasea tu calle,
No seas, hija mia, tan torpe
Que abandones la costura,
Corriendo á los miradores;
Al revés, si en todo el dia
Ni un punto á coger te pones,

A la hora en que tu galan
Pasa, á la reja colócate,
Con la almohadilla en la falda.
Y cose, y cose, y recose,
Sin levantar la cabeza
Hasta que él la esquina doble.

—Pero tú querrás, mamá,
Que éntre en nuestra casa el pobre,
Si de mi amor le crees digno
Y trae rectas intenciones.

—Ni por pienso, sin que antes
Vaya y venga, sude y llore.
Cuando más entusiasmado
Él te pinte sus amores,
Y tú le escuches, fingiendo
Que no entiendes sus razones,
Gritarás: «¡Ay, mi mamá!»
Y huirás como liebre en bosque.
Si viene con la exigencia
De que á la reja te asomes,
Ó con otra menos santa,
Que son muy pillos los hombres,
Con un «no quiere mamá,»
Ó con un «mamá nos oye,»
Ó con un «que mamá viene,»
Se escapa y no se responde.

—¿Y si habla de casamiento....?

—Como muy clara no forme
Su pretension, ha de oir
De mi lábio estos primores:
Que eres mis pies y mis manos,
Que todo en la casa corre
Por las tuyas; que tú planchas,
Que tú lavas, que tú coses;
Que á tu papá bordas gorros
Y á tu hermano camisones;
Que tienes cuantas virtudes,
Habilidades y dones,
Hacen que á una buena hija
Su madrecita la adore;
Y que por nada en el mundo,
Consentiré que te robe
De mi lado, y paz y dicha,
Un Judas Iscariote:
Que no hay quien deba besar
Donde tú el zapato pones.

—¿Y si á usted pide mi mano
En toda regla?

—Ni entonces
Hallará franco el camino
Galan que agradarte logre.

Si quiere verte á las nueve,
No ha de hallarte hasta las doce;
Si acompañarte en paseo,
Saldremos solas y en coche;
Si estás con él de visita,
Ni te estrañe, ni te enoje,
Que entre yo haciéndote cargos,
Y dándote fuertes voces,
Por culpas que no has tenido,
Por faltas que no conoces,
Para que muestres lo injustas
Que son mis reconvenciones;
Y de mi rigor te quejes,
Y sin murmurar solloces;
Hasta que al fin traspasado
Tu amante con tus dolores,
Te saque depositada,
Cargue contigo de golpe,
Y, al concederle tu mano,
No tenga que darte dote.

—¡Usted, madre mia, es muy sábia!

—Mil otras hay que si ponen
Cátedra de pescar novios,
Á mí me darán lecciones.

UN PENSAMIENTO.

Á R. G., EN LOS PURITANOS.

¿Es tu voz celestial, ángel de amores,
La que hiende el espacio y se dilata,
Gimiendo cual la brisa entre las flores;
Tronando cual la inmensa catarata?

Ó eres tú el ángel, de purpúreo manto,
Que pulsa el arpa de Sion sagrada,
Para ensalzar á Dios, tres veces santo,
En dulce y melancólica balada?....

Sí, es tu voz celestial; tu dulce acento
Arrebata á las ondas su murmullo,
Al aura perfumada su lamento,
Y al cisne y á la tórtola su arrullo.

Suena tu voz y entre rosadas nubes,
Que respetan los fieros vendabales,
Descienden de los cielos los querubes,
Para escuchar tus cantos celestiales.

¿Quién te dió de los mares la arrogancia?
¿Quién de la blanca rosa los colores?
¿Quién de las flores todas la fragancia?
¿Quién la voz de los dulces ruiseñores?

¿Quién tus cantos bañó de melodia?
¿Quién á tu corazon dió el sentimiento?
¡Solo Dios, que, sin Dios, tanta armonia
A comprender no alcanza el pensamiento!

Ora tímida vírgen desposada
Dulces trovas de amor broten tus lábios,
Ora esposa infeliz, loca olvidada,
Tus cantos de dolor lloren agravios;

Es tu voz celestial, ángel de amores,
Quien roba al vendabal su ronco acento,
Al ruiseñor sus cantos seductores,
Y á tu pobre cantor UN PENSAMIENTO.



OPINIONES MUSICALES.

EPÍGRAMA.

De una cantante famosa
Lenguas dos hombres se hacian,
Y que era su voz decian
De una estension prodigiosa.
—Sus *puntos altos* es cosa,
Dijo el uno, que me encanta;
Y otro añadió:—Su garganta
Llega hasta el *Sol* sin trabajos,
Mas yo prefiero *sus bajos*
Cuando de contralto canta.

CARTA Á MI PATRONA.

Voy á dejar la córte y sus delicias;
La fuga me aconsejan
De una legion de ingleses las caricias,
Que ni comer ni descansar me dejan;

Y en este trance doloroso y duro,
¿Pides, con alma fria,
¡Oh patrona cruel! mi postrer duro,
Que para huir de perlas me vendria?.....

Y ¡aun solicitas, sin rodeo ni ambaje,
Que mi marcha no emprenda,
Sin pagarte primero el pupilage,
Ó sin dejarte en pago alguna prenda!

¿Prendas me pides? Solo con que escluyas
Las que me has confiscado,
Con mi pobre baul, tén ya por tuyas
Cuantas, en alma y cuerpo, Dios me ha dado.

Y empezando á coger, toma la gloria
Que me dió la poesía,
Cuando canté las chatas de Vitoria,
Y la nariz de trompa de María;

Y el rostro de Isabel, de luna llena,
Y el pié de Guadalupe,
Y el salero de Inés cuando se suena,
Y de Beatriz la gracia cuando escupe.

¿No es bastante? Pues toma en pago, luego,
Las cartas de colores
Con que aceptaban mi amoroso juego
Pepa la ardiente y la glacial Dolores;

Y toma en fin, por que del alma mia
Guardes todo el tesoro,
Los pelos que me dió Matilde un dia,
Y al menos, tienen el color del oro.

Si con alhaja tanta, y tal riqueza
No te das por pagada,

Fuerza es, te lo digo con franqueza,
Que causa has de tener grave guardada.

Porque no es natural que te mantengas,
Por solo cuatro ochavos,
Tan dura contra mí, y blando tengas
Pasado el corazon con veinte clavos.

Que tan fiera no eres, ni tan pobre,
Ni de tan malas mañas,
Que quieras que mi ropa amor te cobre,
Y yo pierda el baul de mis entrañas.

Mas si, cual yo, aun nó diste al olvido
Aquellos dias felices
En que vine á tu casa, de otra huido,
Y en que me dabas á comer perdices;

Perdices por tu mano escabechadas,
Por tí servidas luego,
Y envueltas en tus lánguidas miradas.....
Que me devuelvas mi baul te ruego!

En él está mi trage de gran gala,
Con que asisto al convite
De un ricachon, el dia que, en hora mala,
Para comer no tengo ni un confite;

Y el gran chaleco que mi barba pisa,
De alto á bajo cerrado;

Y que oculta la falta de camisa;
Y el pañuelo de holan blanco bordado

Por la viuda que, con santos fines,
Á su palco me llama,
Y me manda coser los calcetines,
Y me asiste, si enfermo caigo en cama;

Y en fin, la nueva y azulada capa
De tan vario provecho,
Que mis calzones desgarrados tapa
De dia, y por la noche abriga el lecho!

¿Temes, que si me das tan caras prendas,
De tu lado me aleje;
Y que harto tarde mi traicion comprendas,
Y sin dinero y sin amor te deje?

Desprecia ese temor, que no es posible
Que quien contigo topa,
Si le das de comer, no sea sensible,
Y mucho más cuando le des la ropa;

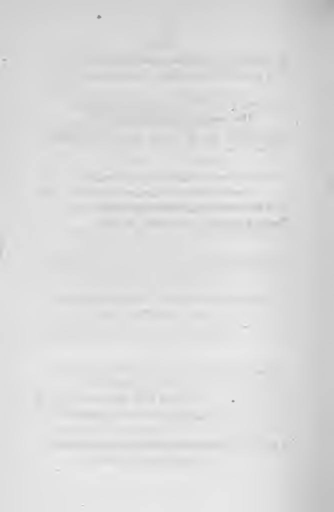
Ni es de olvidar lo que por darme inquieta
Te he visto cada dia;
El rico chocolate de á peseta,
Y la robusta y sustancial judia,

Y la sopa de pan siempre calado
Y ardiendo como brasas,

Y el guisado de carne apatatado,
Y el postre de tres higos y seis pasas!

Bienes son estos de tan grande precio,
Recuerdos tan queridos,
Que habrán de conservar mi amante aprecio
Tanto como me duren los vestidos.

Venga pues el baul, y ya no esperes
Verme correr la Europa;
Y si mi amor ó mi dinero quieres,
Toma mi amor y vuélveme la ropa.



UN AMOR SIN ESPERANZA.

I.

¿Por qué arrojada en medio de la via
De mi existencia, sin cesar, te hallo?
¿Qué celestial poder, ó mano impía,
Me arrastra á tí cuando te adoro y callo?
Si nunca he de poder llamarte mia,
Huye y mata el amor con que batallo.
Que venirme á encontrar y huirme luego,
Es darme luz, para dejarme ciego.

II.

En los dulces ensueños de mi infancia,
De los ángeles ví dejar el coro,
Y salvar de este mundo la distancia,
A un blanco serafin, con rizos de oro.
Y aun soñé, que entre nubes de fragancia,
Llegó á mi oido á murmurar, «¡te adoro!»;

Mas tanto el alma de dudarlo hubo,
Que hasta escuchar tu voz, forma no tuvo.

III.

Mas te oí, y en el fondo de mi pecho
Sentí una dulce voz, que me gritaba:
«Dios quiere, á esa mujer darte derecho;
»Esa voz que de herir tu pecho acaba,
»Es la del ángel que á tu mismo lecho
»Vino á decirte en sueños, que te amaba;
»Y amarla y adorarla es tu destino,
»Pues Dios te la presenta en tu camino.»

IV.

Mi alma, ante este fallo subyugada;
Mi corazon, á tu beldad rendido,
Ya nada ambicioné, no aspiré á nada,
Mas que á ser en mi amor correspondido.
Mas ¡ay! que, como inmensa, fué soñada
Mi ventura tambien; porque á mi oido,
Si una voz repetia: «Ama», «ama»,
Me decia otra voz: «Tu amor la infama».

V.

«De esa niña á turbar vas la ventura;
»Vas á rasgar sus infantiles galas;

»Y á inundar su existencia de amargura;
»De cieno á salpicar sus blancas alas;
»Veneno, que marchite su hermosura,
»Va á ser el fuego que del pecho exhalas;
»Y si tanto presumes que la quieres,
»¿Por qué en la vida y el honor la hieres?»

VI.

De tí, por esto huí; por esto, triste,
Con lábio torpe, á mi desdicha tardo,
Burla hacer del amor, nécio, me oiste,
Y del estro poético en que ardo.
Por si en mis cantos, ó en mi amor te heriste,
De tu pecho arrancar pretendí el dardo;
Mas rechazando lo que mas ansiaba,
Buscando tu desden, muerte me daba.

VII.

Si nó feliz, tranquilo y resignado,
Y hasta orgulloso de mi accion vivia;
Del amor que soñé, nunca olvidado,
Llena de tu ilusion mi fantasía;
Cuando le plugo á Dios, ó al torpe hado,
Arrojarte otra vez sobre mi via;
Y, al hallarte otra vez, de amores loco,
Tengo al mundo, y á Dios, y al alma en poco.

VIII.

Podrá de Dios en la eternal balanza
Nada pesar de mi alma la pureza,
Ni la pasion que á combatir no alcanza,
Ni el supremo poder de tu belleza;
Mas, al perder mi última esperanza,
Suben del corazon á la cabeza
De sangre hirviente inmensas oleadas,
Y en dichas mil me anego, aunque soñadas.

IX.

Y me juzgo á tus pies; y de tu brazo
Siento el dulce calor sobre mi cuello,
Formando en derredor divino lazo,
Al que tu ardiente lábio pone el sello;
Y sepulto mi frente en tu regazo;
Y veo en tus ojos celestial destello,
Que cae en mi sien, y la devora, en tanto
Que la riegan las perlas de tu llanto.

X.

Y orgullosa mi frente se levanta;
Y en tí la vista con pasion coloco:
Y el bien que ambicioné, lejos, me espanta

Y le arrojo de mí, cuando le toco;
Quiero partas mi amor, y en la garganta
Queda estancado el pensamiento loco:
Mas, ¿qué puede importar, si gota á gota
Bebes mi amor, que por mis poros brota?.....

XI.

¡Cuán inmenso placer mi pecho siente!
¡Cuán grande es de mi amor el embeleso,
Cuando beso tus ojos y tu frente,
Y tus pies y tus manos toco y beso!
Mayor gloria, ni en Dios mi alma consiente.
Ni al hombre contra Dios, mayor esceso;
Que aun siendo tanto bien dicha ilusoria,
Es á Dios disputar su misma gloria.

XII.

Mas, ¿por qué habrán de ser solo soñados
Tus halagos, de amor dulces primicias;
De tus lábios los besos regalados,
De tus brazos, divinos, las caricias.....?
¡Ay! Si nunca han de ser de mí logrados,
Sueños en que entreví tantas delicias,
Huye y del pecho mi cariño lanza,
Y acabe así mi amor con mi esperanza.



SERENATA.

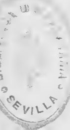
Las doce en la Giralda
    Dieron há poco;
Serena está la noche,
    Tu barrio solo,
    Y ante tu reja
Vengo, con mi guitarra,
    Yo á darte quejas.

¿Por qué, cuando yo velo,
    Tranquila duermes?
¿Por qué tus vidrieras
    Cerradas tienes?
    ¿Por qué no acudes

A oir de mis canciones
Los ayes dulces?

¿Vé tu madre á disgusto
Que estés despierta?
¿Siente que venga á hablarte
Yo por la reja?
Pues anda y dila,
Que á ver al que adoraba
Bajó ella misma.

Díla, niña, á tu madre,
Que si hay quien mancha,
Cuando con las mujeres
De noche habla,
Hombre hay de sobra
Que á su amada respeta
Más que la adora.



Dí á tu madre que hay hombres
Que gozar saben,
Solo con que su prenda

Tierna les hable;
Con que los lábios
De una mujer les digan
Dulces, «te amo».

Que hay hombres que en la noche
Mas triste y negra,
Tras de una celosía
Ven las estrellas,
Y que callando.
A la luz de unos ojos,
Mueren quemados.

Y hombres hay que no piden,
Ni dan, ni toman;
Que callados suspiran;
Que mudos lloran;
Y que, en teniendo
Su prenda en la ventana,
Ya están contentos.

Con los hierros se hieren
Los corazones,

Y la sangre y los lábios
A unirse corren;
No habiendo duda.
Que la herida del alma
Los lábios curan.

Baja pues á curarme,
Niña, á la reja,
Tu trage sin corchetes,
Tu pié sin media,
Y arrebujadas,
En un manton de estambre,
Persona y cara.

Cuando bajes á hablarme
Que traigas quiero,
Cruzados por horquillas
Tus rizos negros,
Y si es preciso,
Que rueden por tu pecho
Sueltos tus rizos.

Quiero que si á la reja
Bajas, te pongas
Mal prendida en el pelo,
Fresca, una rosa;
Para que pueda
Volvértela otra noche
Á besos seca.

Abre, niña, con tiento
Tu celosía,
Y asoma entre claveles
Tu faz divina;
Pero cuidando
Que al nivel de tu boca
Queden mis lábios.

¿No me escuchas y sigues
Niña, durmiendo?
¡Mal pagas el cariño
Que te profeso!
¿Será que tengas
Tu alma en otra parte?
¡Qué mal hicieras!

Nadie podrá quererte
Cual yo te quiero,
Que eres mi bien, mi gloria,
Mi Dios, mi cielo;
Mi infierno y todo,
Que nadie ha de adorarte
Cual yo te adoro.

¡Infeliz del que intente
De mí apartarte!
No ha de pagar su antojo
Toda su sangre;
Que irá mi alma,
Si es preciso á estraerte
De sus entrañas.

Corazon, ¡cuán injusto
Con ella eres!
Si á tí solo te ama,
¿Por qué la ofendes?
Si no ha bajado,
¿Será porque esté enferma?
¡Tiemblo al pensarlo!

¡Madre mia del Cármen!
Tú, que dás nombre
A la prenda querida
De mis amores,
Su vida guarda,
Que es como tú, Señora,
Pura y sin mancha.

Vírgen Santa, que sabes
Cuánto la quiero,
Guarda á mi niña hermosa
De males fieros;
Que si lo haces,
En tu altar pondré velas,
Rezaré salves.

Cura á mi amor si sufre,
Virgen Santísima,
É iré á verte descalzo
De romería;
Y aun te prometo
Un corazon de plata,
Si soy su dueño.

Mas ¡ay! que en la Giralda
Ya el alba suena;
¡Y aun cerrada contemplo,
Niña, tu reja!
¡Dios no permita
Que el mal que me has causado
Te alcance un dia!

Duerme tranquila en tanto
Que yo me alejo,
Con el alma partida
De amor y celos;
Bajo la capa
Sofocando los ayes
De mi guitarra.

LA ÚNICA VIRTUD.

I.

Que á Dios la mujer no atienda,
Y al prógimo trate mal,
Todo es culpa venial,
Como al hombre no dé prenda.
Mienta, jure, hiera, ofenda,
Cuanto le diere la gana;
Muéstrese dura, inhumana,
Con el amor mas profundo,
Y dirá, estúpido, el mundo;
—¡Qué virtuosa es Fulana!

II.

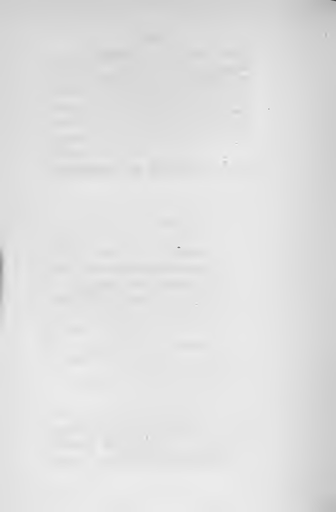
Pero, en cambio, que atesore
Otra mujer tal bondad,

Tanta sensibilidad,
Que á un hombre tan solo adore;
Como el abandono llore
Del que amó más que á su vida,
Como del alma impelida
Guarde al seductor fé eterna,
Dirá su amiga mas tierna:
—¡Zutana es una perdida!

¡Y si despues la criatura,
Que á su semejante infama,
Por que siente y por que ama,
Fuese más buena, más pura....!
No; mi esperiencia asegura,
Que cuando á odiarla provoca,
Con mil detalles que toca,
De lubricidades llenos,
Es que, al pintar los venenos,
Los paladea su boca.

Mujer que derecha anda,
Que tiene virtud y honor,
Solo debe dar su amor
Cuando y como Dios lo manda.

Mas si una vez se desmanda
Mujer de virtud sincera,
Y otras hay con alma fiera
Que á los hombres aborrecen,
Duda en la eleccion no ofrecen:
¡Preferid á la primera!



EN EL SEPULCRO DE UNA NIÑA.

Naciente flor que en su tallo
Perece, porque la tierra,
De su hermosura envidiosa,
Con sus lágrimas la seca;
Angel hermoso que al cielo
Sus blancas alas eleva,
Porque el fango de este mundo
No manche al fin su pureza;
Así mis ojos, llorosos,
Angel y flor te contemplan,
Luz y aromas derramando
Por las regiones etéreas.

Y ¿pagar debo con llanto
Tu felicidad eterna?
No; que infelices tan solo
Son los que á llorar se quedan,
(Sin ángeles que los guarden
Ni flores que aromas viertan),
Sobre este valle de lágrimas,
Su miserable existencia!

CONSTITUCION FEMENINA (1).

Del Congreso en el buzon,
Y con sobre,—«Al presidente
Del Comité de la Union»,—
Se halló el proyecto siguiente,
De nueva Constitucion:

TITULO I.—DE LOS ESPAÑOLES.

Es español todo aquel
Que al amor se rinda fiel;

(1) Esta poesia y la que más adelante verán nuestros lectores con el título de *Derechos Ilegislables*, son de las muy pocas que no han sido escritas dentro del periodo que abraza este libro.

Mas perderá este derecho
Si á la mujer cierra el pecho,
Y no la dá hasta la piel.

TITULO II.—DE LA RELIGION DEL ESTADO.

Solo en Jesús y María
Creerá el español adulto;
Mas, si en amar piensa un dia,
Podrá libertad de culto
Tener, y hasta idolatría.

TITULO III.—DE LA SOBERANÍA NACIONAL.

La soberanía reside
En la nacion, y el poder
Por su voluntad se mide;
Mas, si la mujer lo pide,
Soberana es la mujer.

TITULO IV.—DEL MONARCA.

El trono es solo un destino
Que concede la nacion;
Mas, por derecho divino,
El trono del corazon
Toca al sexo femenino.

TITULO V.—DE LAS CÓRTES.

Senado y Congreso harán
Leyes, juntos con los reyes;
Pero nunca olvidarán,
Que allá van reyes y leyes
Donde las mujeres van.

TITULO VI.—DE LOS PRESUPUESTOS.

Remedio pondrá el Congreso,
Si en el presupuesto pasa
Lo que es gasto, del ingreso;
Mas ni medida ni peso
Tendrá la mujer en casa.

TITULO VII.—DEL EJÉRCITO.

Siempre que sea un ciudadano
Por la patria requerido,
Tomará el fusil ufano;
Pero antes, si no es marido,
Dará á la mujer su mano.

TITULO VIII.—DE LAS CONTRIBUCIONES.

Cada hombre contribuirá
Con lo que pueda al Estado;

Pero á su mujer dará
Cuanto pida, ó se verá
De disgustos coronado.

TITULO IX.—DERECHOS ILEGISLABLES.

Derechos ilegislables
Serán para las doncellas,
Salir, entrar, ser amables,
Y que, en cuanto estén casables,
Carguen los hombres con ellas.

TITULO X.—DE LAS PENAS.

Al hombre que perpetrado
Haya un delito, ó lo intente,
Se condena á ser casado;
Solo, si es primer pecado,
Con suegra, si es reincidente.

TITULO XI.—DE LA COMISION PERMANENTE.

Para hacer que cada cual
Cumpla con la ley presente,
Se establece un tribunal,
Del que es la mujer, vocal,
Secretario y presidente.

AMOR DE FAMILIA.

EPÍGRAMA.

Con su esposa un ganadero
Una *corrida* fué á ver,
Donde iba lidiado á ser
De sus toros el primero.
Diéronle castigo fiero
Sin mover el toro el asta,
Y el pueblo gritaba: ¡basta!....
Y á su esposo al ver callado,
Dijo la mujer:—¡Malvado;
Grita, que sufre tu casta!



EL CAMBIO DE CORAZONES.

Voy á partir y, por quedarse, siento
Gemir mi corazon, que fiel te adora;
Mientras que el tuyo por seguirme llora,
De su amorosa esclavitud contento.
De la ausencia será leve el tormento,
Si al perderme ó perderte en mala hora,
En tí mi corazon por siempre mora;
Si en mí tu corazon busca su asiento.
Troquemos, pues; y si mi infausta suerte
Dispone que sea eterna esta partida,
Nuestro amor vencerá á la misma muerte;
Que no me has de llorar, ni he de perderte,
Cobrando tú, en mi corazon, la vida,
Y yo vida, en el tuyo, al poseerte.



TODO ES MENTIRA.

Es en los jolgorios fija,
Con su niña doña Irene;
Pero dice, que á ellos viene
Solamente por su hija;
Porque al fin una soltera
De ser vista necesita.....
¡Embustera!
Si en baile, paseo y visita
Tantas molestias se toma,
No es por la pobre doncella;
Por ella es solo, por ellà,
Á quien pide el cuerpo broma.

Sale á paseo Margarita,
Con traje verde esmeralda,
Y dice que alza su falda
Porque el polvo el color quita.
— ¡Pues bonita pelotera,
Esclama, armaria mamá....!
¡Embustera!
Si tan recogida vá,
No es temerosa del cieno;
Es porque estrena botitas,
Muy pequeñas, muy bonitas,
Y ha de lucirse lo bueno,

Por la suegra, que aborrece,
Viste un hábito Lucía;
Por su cuñada, otro dia,
Si en la cama cae, lo ofrece;
Y en otoño y primavera
Viste de negro ó de rojo.....
¡Embustera!
¿Por qué te causa sonrojo
Decir, con noble franqueza,
Que ese tu hábito perene,
Otra religion no tiene
Que tu orgullo y tu pobreza?

Vá á la iglesia Doña Juana,
Dama de quien dijo un dia
Mil cosas la fama impía,
Y en hacer creer se afana,
Que á Dios acude sincera,
Porque ya á los hombres odia.....
¡Embustera!
Entona la palinodia,
Dí que odias hasta sus nombres;
Pero aquí para los dos,
¿No regalas, Juana, á Dios,
Lo que no quieren los hombres?

Hay lodo, y á Ignacia veo
Que, con un pudor que encanta,
El traje no se levanta;
Hay sequedad y su aseo
Luce Inés por las aceras,
Levantándose el vestido.....
¡Embusteras!
Ni una al pudor presta oido,
Ni de otra el aseo engorda;
De vuestra virtud se saca,
Que oculta Ignacia, por flaca,
Lo que enseña Inés, por gorda.

Arde su alma, y la mujer,
Por parecer fria, batalla;
Rabia por hablar, y calla;
Odia, y demuestra querer;
Vence en público á las fieras,
Y en secreto hay sus deslices... .
¡Embusteras!
Mas no: solo de infelices
Merecen llevar los nombres:
Desde el nacer al morir,
Se las enseña á mentir....
¡Y esta es obra de los hombres!

LA PRONTITUD.

Á las ancas del caballo
Del aperador montada,
Á visitar las labores
Salió de un cortijo el ama.
Saltó el potro, y la señora
Dió en el suelo con la estampa
Enseñando aquellas cosas
Que de ordinario se tapan.
Mas ella, parando poco
La mente en cosas tan bajas,
De un brinco sobre el caballo
De nuevo ocupó las ancas.
Y dijo al aperador,
De su ligereza ufana:

—Has visto *mi prontitud*....?
Y él con la cabeza baja,
Entre dientes contestó:
—Sí, señora; pero, en plata,
Lo que he visto, no sabia
Que *prontitud* se llamaba.

DOS AMORES.

I.

Oye Leonor á tu infeliz amigo,
De su primer amor la triste historia:
Quiero mi infierno dividir contigo,
Por merecer tu gloria.

Niño era yo cuando inflexible el hado
Me arrancó de mi madre al puro seno,
Y al mundo me arrojó, de pan privado,
Mas de ilusiones lleno.

Y aspirando del cielo á los placeres,
Y soñando de amor con las delicias,

Los placeres de Dios ví en las mujeres,
Y en sus dulces caricias.

Y al encontrar, sobre el camino mio,
A una gentil mujer de negros ojos,
Yo la dí corazon, yo el albedrío,
Y el alma por despojos.

Yo adoré á esa mujer, y ella la calma
Del alma me robó y de los sentidos;
Ví con sus ojos, oí con sus oidos,
Y sentí con su alma.

¡Y era tàn pobre yo, y era tan loca
Mi juvenil pasion, que por sus besos
El pan la dí que arrebaté á mi boca,
Y el calor de mis huesos!

Todo á su amor, en sacrificio impío,
Leonor, lo abandoné..... y ella inmolaba

A otra infame pasion el amor mio,
¡Diciendo que me amaba!

Mas ¡ay! que en breve á desmentir sus lábios,
Vinieron en tropel apercibidos,
Y venganza á pedir de mis agravios,
El alma y los sentidos.

Yo sus quejas oí, é inexorable,
Por mas que al alma aun recordarlo aflige,
Primero renegué de la culpable,
Y despues la maldije.

Y del alma la eché..... mas corrí en vano
De nuevo de mi madre al seno ardiente;
Tibio ya le encontré, y torpe, insano,
Busqué otro amor vehemente.

¡Inútil anhelar! Una voz triste
Sólo en mi oido de contínuo zumba;

¡Para el que pobre y sin amor existe,
El consuelo es la tumba!

II.

Esta es la historia, alma mia,
De mi triste amor; ya ves
Si estremecerme debia,
Antes de poner un dia
Mi corazon á tus piés.

Pero he padecido tanto,
Tanto he sufrido, que al verte
Dolerte de mi quebranto,
Confundir quise, al quererte,
Mis lágrimas con tu llanto.

Tú, sin embargo, en mis males
No debes hallar enojos;
En nuestras penas iguales,
Deja que viertan mis ojos
De los tuyos los raudales.

No llores, Leonor, no llores
La crueldad de mi destino;
Al cielo por mí no implores,
Que Dios no sembró de flores
De la existencia el camino.

Triste, muy triste es mi suerte;
Mas ¿qué importa si la muerte
Es dulce y la vida es corta....?
Nada la muerte me importa.....
Más me importa no perderte.

Tú sola, Leonor querida,
La pura luz de tus ojos
Solo á vivir me convida.
Si merezco tus enojos,
¿Para qué quiero la vida?....

¿Para qué, si en mi desvelo,
Si en esta del alma guerra,
Yo no tengo otro consuelo,

Que un Dios piadoso en el cielo
Y una mujer en la tierra?....

Tú, Leonor, tú eres el ángel
Que Dios piadoso me envia,
Para servirme de guia;
Manda y verás, bello arcángel,
Que es tu voluntad la mia.

¿Quieres que eleve mi fama
Sobre los sábios que aclama
En sus páginas la historia....?
Pues mayor será mi gloria,
Que es fácil todo á quien ama.

¿Quiéres que esgrima el acero
Contra el que á mi pátria ofenda. ..?
Pues dí, Leonor: yo lo quiero:
Y tendrá quien la defienda
Como español caballero.

Si mi muerte te intimida,
¿Quieres que arrastre ¡ay de mí!
La existencia maldecida....?
Pues bien, yo acepto la vida,
Mas por tí, solo por tí.

¿Qué podrá tu amor pedirme
Que pueda mi amor negarte....?
¿Qué habrás, Leonor, de exigirme
Que mi lábio no confirme....?
Solo el que deje de amarte.

Porque en mi triste quebranto,
Me es tan preciso tu amor,
Como á las aves el canto,
Como la brisa á la flor,
Como á mis ojos el llanto.

III.

No es un amor de cieno salpicado,
Este amor que por tí en el alma siento:
Grande y profundo es; mas no es violento,
Ni ambicioso, ni osado.

De compasion y amor solo avariento,
Si algo á pedir me atrevo por despojos,
Una lágrima triste es á tus ojos,
Y á tu alma un pensamiento.

¿Grande crees mi ambicion? Pues nada pido.
¿Te esclaviza mi amor? Pues libre eres.
Condéname á morir, si así lo quieres,
Pero nunca al olvido.

No á maldecir me obligues el instante
Que de nuevo á existir torne contigo:
Guarda un recuerdo al menos de tu amigo
Ya que no de tu amante.

Si tu amistad no alivia mi quebranto,
Si me niega tu amor la suerte impía,
¿Qué mano cariñosa, amada mia,
Enjugará mi llanto?

¡Ah! no me olvides, no; yo eternamente
Tu nombre he de llevar en mi alma impreso,
Yo grabaré mi nombre con un beso
Sobre tu hermosa frente.

Débate yo del corazon la calma;
Que tu pasion lo que mi vida dure,
Y si el primer amor hirió mi alma
Que el último la cure.



OBRA DE MISERICORDIA.

EPÍGRAMA.

Dijo un cura en un sermon:
—«Dad posada al caminante;»
Y una muchacha á su amante,
Que pasaba, abrió el porton.
Justa y grande reprension
La valió tal desatino;
Y ella esclamó:—¡Pierdo el tino
Con doctrina tan oscura!
Lo que hice yo, mandó el cura:
Dar posada al peregrino.

DERECHOS ILEGISLABLES.

I.

Mucho ántes que, en los deberes
Y derechos aceptables,
Se uniesen los pareceres,
Tuvieron ya las mujeres
Derechos ilegislables.
Cuando emite su opinion,
Ó coloca su entredicho
Una mujer de teson,
No hay otra *Constitucion*
Ni otra ley que su capricho.

II.

Que por la mañana quiera
Ver la funcion de una ermita
Una muchacha soltera;

Y á la tarde hollar la acera;
Y á la noche ir de visita;
  Y que á tiempo, ó sin razon,
Deje su casa y su lecho,
Por bailar un rigodon.....
La niña está en su derecho:
El de *libre asociacion.*

III.

  Ni habrá de tenerse á mengua,
Ni á envidia ruin, ni á vicio,
Sino al legal ejercicio
De un derecho, que su lengua
La mujer ponga en servicio.
  Hiera inocente, ó de intento,
A la masculina grey,
Dando sus faltas al viento.....
No en vano le dió la ley
Libertad de pensamiento.

IV.

  Si en un renuncio es cogida
La mujer, ¡ay del mortal
Que á la ley castigo pida!
Ella exigirá enseguida
Seguridad personal.

Y el mundo, que siempre dió
Al mas pecador auxilio,
Dirá, de la falta en pró,
Que há tiempo se declaró
Inviolable el domicilio.

V.

No habrá mujer que celebre
Que ame á un objeto distinto
Quien por ella va al pesebre;
Pero que á ella la requiebre
Todo el mundo, eso es distinto.
Ser buscada, ser querida,
Es el mas bello ideal
De la mujer en la vida;
Pues quiere ser elegida
Por *sufragio universal.*

VI.

Donde hay juntas diez mujeres
Hay tambien diez sensaciones,
Diez contrarios pareceres;
Diez gustos en los placeres;
Diez formas en las pasiones.
Rinde una culto á las modas,
Y otra al arte reverencia,

Pero, en todas partes, todas,
Tienen *libre la conciencia*
Cuando se trata de bodas.

VII.

Libertad de asociacion,
De lengua y de pensamiento;
De conciencia y de pasion;
Universal votacion
Y seguridad sin cuento;
Todo, con dos mil placeres,
Pueden los viriles pechos
Conceder á las mujeres,
Si al usar de sus *derechos*
Cumplen tambien sus *deberes*.

¡LAGRIMAS!

El llanto de dolor que entre ayes brota,
Y de placer la lágrima escondida,
Voces son que del alma combatida,
Cantan el triunfo, ó gimen la derrota.
Del dolor ó el placer la vena rota,
Cada nueva emocion saca á la herida,
Envuelto en llanto, un trozo de la vida,
Y un pedazo del alma en cada gota.
Por esto yo, si en tu pestaña oscila
Una lágrima triste, siento antojos
De unir mi ardiente lábio á tu pupila;
Creyendo, para dar al pecho calma,
Que en el licor que brota por tus ojos,
Voy á beber pedazos de tu alma.

PREVISION PIADOSA.

—Supuesto que un beso ha dado,
Rece, hermana, de contado,
Un credo, ó la mata Dios:
Dijo un confesor prudente;
Y la humilde penitente
Contestó: — Rezaré dos.
—Tanto credo no es forzoso,
Observó el padre, piadoso;
Y la previsora hermana
Repuso: — En lo justo estoy:
Si otro credo á rezar voy,
Es por si peco mañana.



AMOR CADUCO.

Cuando el cuerpo en la huesa se derrumba,
De la materia el alma desprendida,
Busca, pura y ardiente, nueva vida
En la amorosa mundanal balumba.
Mas ¡ay! que en vano, cariñosa zumba
En derredor de la mujer querida,
Que con el cuerpo, al verse escarnecida,
Corre el alma al refugio de la tumba.
Castigo del liviano pensamiento,
Es que, al hundirse el cuerpo, sea mas fiera
La pasion que al mortal roba la calma;
Y es tan grande del alma este tormento,
Que ó nunca el cuerpo envejecer debiera
Ó perecer con él debiera el alma.



ADIOS A LAS MUJERES.

¿Conque me voy á casar?
¿Conque dejar me es forzoso,
Ante el título de esposo,
Mi dulce aficion de amar?
¿Conque debo consagrar
Mi mano y mi vida luego,
Y del alma todo el fuego,
A una mujer solamente,
Cuando hay en el mundo veinte
Que me roban el sosiego?

Grande y terrible es mi pena;
Grave el mal, el dolor fuerte;

¡A una sola unir mi suerte!
¡Si fuese á media docena!
Mas ya que el Señor me ordena
Poner fin á mi aficion,
Y ante una santa pasion
Mis ilusiones perecen,
De lo hermosas que *parecen*
Consuéleme *lo que son.*

Me encanta de Elisa bella
El fino y flexible talle,
Y al verla cruzar la calle
Corro, sin querer, tras ella.
Pero mi ilusion se estrella,
Luego que traigo á las mientes,
Que de ese talle pendientes,
Y envueltas en seda, van
Dos piernas que servirán,
Cuando más, de mondadientes.

Por el contrario, ¡qué oronda,
Concepcion, te me presentas!
Pero vamos, niña, á cuentas:
¿Qué te hace estar tan redonda?

¿Si la doncella te monda,
De noche al ir al colchon,
Es de ropa ó de algodon?
A que lo digas no espero;
Y vé con Dios, que no quiero
Morir de sofocacion.

Por sensible, Inés me inflama,
Que en su corazon piadoso
Halla alimento y reposo
Todo el que á su puerta llama;
Pero á la verdad, me escama
Compasion tan esquisita.
Pues si alguno solicita
Su abrigo, y lo encuentra estrecho,
Temo que su mismo lecho
Le ha de dar la pobrecita.

Semejante inconveniente
No hallaré en Beatriz hermosa,
Que á quien requebrarla osa
De un bofeton quita un diente.
Mas debo tener presente,
Por lo que á los hombres toca,

Que mujer de alma de roca
Que embiste y un diente quiebra
Al galan que la requiebra,
Hunde al marido la boca.

Por su religioso celo,
Su salve y su letanía,
Pienso que se irá María
Vestida y calzada al cielo,
Pero me asalta el recelo
De que, por ir luego á misa
Y á orar, cuando no precisa,
A San Pedro y á San Pablo,
Me ha de dejar dado al diablo
Y sin coser la camisa.

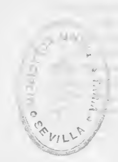
Celosa parece Irene
Y su génio es de mi agrado,
Porque nunca he sospechado
Que ama quien celos no tiene.
¡Cuántas delicias previene
Un amor de este calibre!
¿Qué importa que rayos vibre,
Si de otro amor siento antojos....?

¿Y si me saca los ojos,
De puro amor? ¡Dios me libre!

De desinterés dechado
Quiere Antonia parecer;
Y si la llego á ofrecer
Agua, se sube al tejado.
Pero tanto ha confiado
Siempre en mis afectos puros,
Que si se encuentra en apuros,
Antes de empeñar la enagua,
La que no quiere ni aun agua
Me pedirá veinte duros.

Y esta que pasa por fria
Se inflama como una mecha;
Y aquella que asperges echa
Vive de la hipocresía;
Hiere con alevosía
La que eleva el diapason
Contra la murmuracion:
Y segun se nos ofrecen,
Unas las hembras *parecen*
Y otras con efecto *son*.

Pues si tienes, y en tí encuentro,
Mitad del mundo hechicera.
Tantos encantos por fuera
Y tantas faltas por dentro,
No estrañes que busque el centro
A que mejor te acomodas,
Y que busque de mis bodas
Entre los dulces afectos,
De una mujer los defectos,
Sin cargar con los de todas.



INDICE

DE LAS POESÍAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

Títulos.	Páginas.

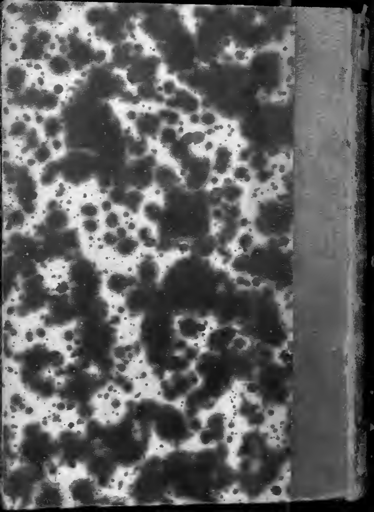
Títulos.	Páginas.

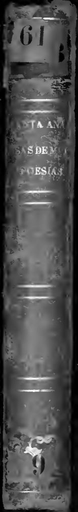











61
POESIAS